

*La dama, el aya y la camarera*  
*Perfiles políticos de tres mujeres*  
*de la Casa de Mariana de Austria*

Laura Oliván

*Introducción*

Múltiples factores, sociológicos, filosóficos e historiográficos han venido a confluír en la consideración y reconocimiento de la actividad política femenina en las monarquías cortesanas de la Edad Moderna. La mujer, la corte y el poder: sujeto, espacio y concepto respectivamente, que podrían haber sido elementos antagónicos e incluso contradictorios en la historiografía tradicional, se encuentran actualmente fuertemente interrelacionados. Al calor de las nuevas investigaciones realizadas en el mundo cortesano y su particular cultura, se ha descubierto que las funciones de la mujer cortesana que detentaba un determinado puesto palatino en la Casa de la reina trascendían los meros actos de representación y servicio.

Ya fueran damas, camareras mayores o guardas, insertas en una red cortesana, servían a determinados intereses personales y familiares a través de las vías más recónditas del poder informal. Pululando por los pasillos y estancias del viejo Alcázar, estas mujeres que oficialmente servían a la reina regente, también urdían tramas, espían y vigilaban a su soberana con la esperanza de sonsacar informaciones u obtener algún tipo de beneficio para la facción que orgullosamente representaban. Y es que la Corte, contrariamente a lo que pudiera parecer a aquellos historiadores que la desterraron de sus investigaciones, era un espacio compartido en el que las diferencias de género quedaban atenuadas a favor del estatus social o de las ambiciones político-sociales del

grupo<sup>1</sup>. O mejor, podría afirmarse que la corte en la que se fraguó aquel peculiar proceso civilizador denominado por Elías la “domesticación de la nobleza” se configuró como una esfera de poder en el que la mujer noble encontró su lugar, un lugar en el que tuvo cabida y funciones, pudiendo incluso cumplir sus anhelos o ambiciones más insospechadas. Pero más allá de esta evidencia constatada desde el punto de vista práctico, se puede rastrear una teoría avaladora de la misma. Textos y discursos recogieron las principales ideas sobre la naturaleza de la cortesanía<sup>2</sup>, esa nueva forma de comportamiento que afectó a la cultura, el arte, la política y la sociedad en su conjunto. La nueva tipología del cortesano que vino a sustituir al antiguo ideal del caballero-guerrero se articuló en torno a otro código de conducta muy distinto al anterior: la violencia propia de los *bellatores* se transformó en la seducción, el engaño, la elocuencia y la disimulación del nuevo hombre “cortesano”, un hombre que hacía uso del arte de la persuasión, un arma que bien pudiera calificarse en la época de “femenina”. Así es cómo la mujer, apartada de los ejércitos y las guerras por sus condiciones físicas, se introdujo discursivamente en el nuevo escenario de poder y dominio: la Corte, un espacio en el que las mujeres podían competir en habilidades con los hombres; tal y como afirma Gert Melville:

*Die [...] höfische Frau scheint tatsächlich eine Stellung in der Welt der bellatores gefunden zu haben, die ihrer Geschlechtlichkeit mehr als anderswo Anerkennung verlieh*<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> En la actualidad, otro de los factores que han contribuido a la redefinición del poder de la mujer en la Edad Moderna ha sido la percepción del privilegio o condición social superior como elemento definidor de la sociedad jerarquizada del Antiguo Régimen, lo que situaría a la categoría social (en este caso el privilegio) por encima de las diferencias de género. El condicionante genérico habría pasado de este modo a ser el denominador común de la sociedad burguesa post-revolucionaria, definida por la diferencia social hombre/mujer y no por el parámetro anterior privilegiados/no privilegiados, I. Burdiel, *La política de Isabel II*, Ayer, Madrid 1998. pp. 210-215.

<sup>2</sup> A. Álvarez-Ossorio Alvariano, “El cortesano discreto: Itinerario de una ciencia áulica (siglos XVI-XVII)”, *Historia social* 28 (Valencia 1997), pp. 73-94. Texto de referencia: *El cortesano* de Baltasar de Castiglione.

<sup>3</sup> G. Melville, “Nachwort: Ausschluss und Einschluss der Frau bei Hofe”, en W. Paravicini y J. Hirschi (Hrsg.), *Das Frauenzimmer. Die Frau bei Hofe in Spätmittelalter und früher Neuzeit*, Stuttgart 2000, p. 464.

En el mundo cortesano la mujer pudo compartir objetivos y esfuerzos políticos con sus familiares varones; y, en determinadas coyunturas, obtuvo clara ventaja en la carrera por la obtención del favor real.

La dama Leonor de Velasco, el aya Mariana Engracia Álvarez de Toledo y la camarera mayor Elvira Ponce de León fueron tres mujeres que participaron activamente en las redes de poder cortesanas articuladas durante la regencia de Mariana de Austria, período caracterizado por intensos ensayos de distintas fórmulas políticas con confusos métodos y precarios resultados<sup>4</sup>. Las tres formaron parte del exclusivo círculo de la cámara de la reina, reducto privilegiado de la Casa conformado por los servidores más íntimos y personales de la soberana. La cercanía a la reina, en principio consorte, garantizaba la posibilidad de conseguir ciertas prebendas y mercedes, un lujo al alcance de muy pocos que convertía a los miembros de esta Casa en privilegiados receptores y transmisores del poder informal. Con el fallecimiento del rey Felipe IV y el advenimiento de la regencia, la situación de estas tres mujeres se transformó, pero para mejor... el cambio de estatus jurídico de doña Mariana tuvo como consecuencia la desaparición de la Casa del rey Felipe IV, por lo que tanto ellas como el resto de los componentes de la Casa se revalorizaron en codiciado mercado de valores cortesano. La camarera mayor, el aya y las damas, entre las que se encontraba Leonor de Velasco, empezaron a gozar de mayores privilegios, se convirtieron en los principales reclamos de las facciones cortesanas y vieron aumentadas sus responsabilidades en el plano ceremonial e institucional. Esta ventaja inicial, basada en el aumento de su caché en las redes del poder informal y en su mayor capacidad de acción, fue bien aprovechada por estas mujeres que, dotadas de carisma, valor y ambición, se convirtieron en el punto de mira de muchos cortesanos. Criticadas por sus detractores y alabadas por sus beneficiados, el riesgo de sus acciones les condujo muchas veces al éxito y otras tantas al fracaso.

Ora cercanas, ora distantes en el pequeño microcosmos de la Casa, sus trayectorias ilustran y a la vez representan las diferentes líneas de acción política de la regencia: líneas que a veces se cruzan, otras caminan paralelas para luego, ante un obstáculo, salir disparadas hacia otro lado según la veleidades de los vientos cortesanos. La camarera mayor, de tendencias imperiales aunque contraria a Nithard, representa la fidelidad a la reina incluso en los tiempos más difíciles del

<sup>4</sup> Véase el artículo de A. Carrasco Martínez, "Los grandes, el poder y la cultura política de la nobleza en el reinado de Carlos II", en *Studia Histórica. Historia Moderna* 20 (Salamanca 1999), pp. 77-136.

reinado; el aya es el rostro de la tardía traición de aquella parte de la nobleza que primero apoyó a Nithard para luego rendirse a los encantos políticos del carismático don Juan, una ofensa que la reina nunca perdonó; y doña Leonor, dama de gran experiencia, ilustra a la nobleza “desacomodada” que, disgustada desde el principio con el gobierno de la regente, ayudó a don Juan en su ascenso al poder para, tras su desaparición, acomodarse de nuevo —con mayor o menor fortuna— a las nuevas aguas cortesanas.

Tres mujeres, tres trayectorias, tres destinos... la disparidad de opiniones, discursos e intereses, al igual que en el macrocosmos cortesano de la regencia, palpitaron en el seno de la Casa de la reina regente.

### *Tendencias imperiales, atisbos “juanistas” y “nitardismo” férreo (1665-1669)*

El diecisiete de septiembre de 1665, el Alcázar de Madrid se vistió de luto: Mariana de Austria, en sus aposentos y barruntando una terrible jaqueca, cumpliendo con las rígidas etiquetas de palacio, se desprendió de sus vestidos cortesanos y limpió su rostro de aceites, polvos y colorete para ponerse los hábitos de monja franciscana, atuendo destinado a las reinas viudas de la dinastía de los Habsburgo. El testamento de Felipe IV, abierto poco después del fallecimiento del monarca entre testigos, curiosos y cortesanos más o menos ambiciosos, proclamó en sus páginas a la reina como regente, tutora y gobernadora de una monarquía cuya corona recaía en un rey infantil con poca salud. Desconocemos lo que en aquellos instantes debieron pensar tres de las mujeres más carismáticas que rodeaban a doña Mariana. Su señora la reina, en el tiempo en que se tarda en trocar los trajes cortesanos por las tocas de viuda, había cambiado su condición jurídica de consorte a regente, una transformación que de ningún modo podía serles indiferente.

La Casa de la reina experimentó las transformaciones más o menos esperables que una regencia podía provocar en el sistema cortesano. El organigrama de la corte y la formulación de las etiquetas, lejos de ser cerrados esquemas inamovibles<sup>5</sup>,

<sup>5</sup> John Elliott, el afamado hispanista inglés ya se percató en la década de los ochenta de la flexibilidad de las cortes de las monarquías de la Edad Moderna. J. Elliott, “La corte de los Habsburgos españoles: ¿una institución singular?”, en J. Elliott, *España y su mundo 1500-1700*, Madrid 1989.

respondieron con mayor o menor acierto a los nuevos retos que el sistema político de la monarquía les impuso: una minoría de edad, consecuencia directa de una crisis dinástica, y la asimilación de una regencia depositada en las manos de una mujer, reina madre, inexperta en el manejo de la maquinaria institucional pero acostumbrada a las intrigas y escarceos del poder informal; espacios y manejos en los que su voluntad podía inmiscuirse y moldear, a su gusto, su mundo cortesano.

La reina, regente ahora de la monarquía, a pesar de su voluntad claramente expresada de no tomar ni válido ni válida y de seguir las directrices del gobierno de su fallecido esposo, pronto realizó cambios que afectaron a la configuración de los grupos de poder de la corte. La muerte de Felipe IV produjo como primera consecuencia importante en el organigrama de palacio la eliminación de la Casa del rey<sup>6</sup>, hecho que colocó a la Casa de la reina en el punto de mira de todas las facciones cortesanas.

Carlos II, al cuidado de su aya y de las demás damas de la corte, se vio envuelto en la Casa de la reina, la única existente, la única que en aquellos momentos podía tener un sentido práctico y político. La corte mutó, se adaptó a la nueva situación del posicionamiento de una regente en el trono de la monarquía. El cuadro de Martínez del Mazo<sup>7</sup>, fechado en 1666, es una metáfora visual del cambio que se produjo en la escala o grado de influencia política de la Casa de la reina, en concreto de las mujeres de la cámara, entre las que se encontraba el aya, máxima garante de la salud y educación del rey-niño, la persona más cercana al rey propietario aunque invalidado por su corta edad. Una corte de beatas, como denominó el agente francés Muret a la cohorte de cortesanas que acompañaban a la reina viuda a las cacerías<sup>8</sup>, saltó a la palestra política de la recién estrenada regencia.

<sup>6</sup> Los próximos estudios de Silvia Mitchell y de Mercedes Llorente arrojarán luz sobre este aspecto tan controvertido de la regencia.

<sup>7</sup> Para un estudio de los retratos de la reina véanse los siguientes trabajos: M. Llorente, "Imagen y autoridad en una regencia: los retratos de Mariana de Austria y los límites del poder", en *Studia Histórica. Historia Moderna* 28 (Salamanca 2006), pp. 211-238; A. Rodríguez-García de Ceballos, "Retrato de Estado y propaganda política: Carlos II (en el tercer centenario de su muerte)", en *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte* (UAM) XII (Madrid 2000), pp. 93-110.

<sup>8</sup> J. Muret, *Letres écrites de Madrid, en 1666 et 1667*, ed. de M.A. Morel-Fatio, París 1879, pp. 38-39.

Las expresiones de temor, incertidumbre y catastrofismo que destilaban los panfletos<sup>9</sup> con vaticinios de astrólogos políticos ante la muerte de Felipe IV y el advenimiento de la minoría de edad no debieron de afectar demasiado a las mujeres que dentro del privilegiado círculo de aquéllas que pertenecían a la cámara de la reina ritualizaban la vida cotidiana de la soberana. Porque lejos de catastrofismos y de previsiones poco halagüeñas, las mujeres de la cámara de doña Mariana experimentaron una mejoría notable en el grado de influencia política del tortuoso mundo de la corte. La camarera mayor, el aya de los infantes y la dama Leonor de Velasco, carismáticas y ambiciosas, no desaprovecharían la oportunidad brindada por la “infeliz” coyuntura de la minoridad. Las dos primeras compartían una evidente intimidad con la reina: las obligaciones de sus cargos tenían como principal consecuencia el establecimiento de una relación muy próxima desde el punto de vista físico y emocional, una relación que podía convertirse en un arma de doble filo al estar expuesta tanto a la fidelidad y la amistad eternas como a los sentimientos más exacerbados de odio y consecuente traición. La marquesa de Villanueva de la Balduenza, doña Elvira Ponce de León, fue una de estas mujeres privilegiadas que tuvo la suerte de ocupar el puesto de camarera mayor de una reina regente. La falta de previsión de una regencia en las etiquetas reales permitió la flexibilidad en torno a las prerrogativas de la camarera, que comenzó a realizar incursiones en el ceremonial institucional<sup>10</sup> y a acaparar funciones que, en principio, no le correspondían y que poco a poco fue “usurpando” al mayordomo mayor de la reina, por aquel entonces el VII duque de Montalto<sup>11</sup>, cuyas quejas no se hicieron esperar. La marquesa de Villanueva de la Balduenza, por voluntad de la reina y antes de que

<sup>9</sup> Algunos de estos discursos citados en A. Carrasco Martínez, “Los grandes, el poder y la cultura...”, p. 90.

<sup>10</sup> Recién estrenada la minoría de edad, la camarera mayor, cumpliendo sus funciones tradicionales, tuvo la ocasión y el privilegio de acompañar a la reina a las reuniones de la Junta de ministros. Doña Elvira, como una sombra, acompañaba a la reina hasta la pieza del Rubí, entraba un instante y luego salía para que pudiera celebrarse la sesión ordinaria de la Junta. V. Sánchez Ramos, “El poder de una mujer en la corte: la V marquesa de los Vélez y los últimos Fajardo”, en *Revista Velezana* 25 (Vélez Rubio, Almería, 2006). p. 39.

<sup>11</sup> F.A. Mignet, *Négociations relatives à la succession d'Espagne sous Louis XIV ou Correspondances, mémoires, et actes diplomatiques concernant les prétentions et l'avènement de la maison de Bourbon au trône d'Espagne*, París 1835-1842: “Carta D’Embrun a Luis XIV”, I, p. 403.

acabara el año 1665, pasó a concertar las visitas de la soberana y a ejercer de intermediaria del correo. De poco sirvieron las protestas del mayordomo mayor de la reina que en diciembre de 1665, quizás receloso por su pérdida de prerrogativas en palacio, escribió al marqués de Castelrodrigo lo siguiente: “la camarera mayor es insuficiente y ambiciosa, y si la Reyna no fuese tan blanda, estuviera ya perdida esta muger”<sup>12</sup>.

La resentida crítica del duque de Montalto demuestra que doña Elvira aceptó con satisfacción sus nuevas facultades como camarera mayor de una reina que sentía verdadera inclinación por las mujeres de su cámara. Doña Elvira, la solícita camarera, era la viuda del marqués de Villanueva de la Balduenza; mujer de carácter, había entrado a servir en la casa de la reina cuando ésta era consorte en 1654; al año siguiente, en 1655, ya era camarera mayor, tal y como demuestra la dedicatoria que Baltasar Gracián le hizo al publicar *El Comulgatorio*<sup>13</sup>; la rúbrica del escritor jesuita demuestra que en esa fecha la marquesa viuda de la Balduenza ocupaba aquel relevante puesto que le garantizaba la cercanía vital a la regente, una cercanía simbolizada por el privilegio que disfrutaba de dormir en la misma cámara de la soberana. Creyendo sin duda que el futuro de la política de palacio estaba en apoyar al partido o grupo imperial, comenzó o —más bien— continuó una fluida relación con el conde de Pötting, embajador del emperador Leopoldo I, que pronto se percató de la nueva situación cortesana, de las preferencias de la regente y de la impronta personal de la misma en la cámara de la reina. Se avecinaban cambios y el embajador imperial supo buscar sus puntos de apoyo más importantes cerca de la soberana. Esta ventaja inicial de la camarera se vio ensombrecida por una rival de alto calibre, una mujer contra la que difícilmente podría competir en la lucha por conquistar el corazón de la reina —al menos durante los primeros años de la regencia—: ésta mujer era el aya del rey Carlos II. La marquesa viuda de los Vélez había entrado en la cámara de la reina cuando ésta aún era consorte. Mujer extremadamente devota, de piedad exacerbada, obsesiva coleccionista de reliquias, “afición” que estaba en consonancia

<sup>12</sup> Cita de Rafaella Pilo, “Everardo Nithard y sus ‘causas no causas’, razones y pretextos de la expulsión de un valido”, Córdoba, en prensa.

<sup>13</sup> Se desconocen los motivos por los cuales el afamado escritor dedicó su obra a doña Elvira en calidad de camarera mayor de la reina: B. Gracián, *El Comulgatorio*, Zaragoza 1655. Para más información sobre esta obra: M. Batllori, A. Egido, L. Sánchez Laílla (eds), *Baltasar Gracián, El Comulgatorio*, Zaragoza 2003.

con el barroquismo de la época, había logrado crear unos fuertes lazos de amistad con una reina consorte derrotada física y psicológicamente por embarazos malogrados, abortos sucesivos y muertes prematuras de infantes en los que se habían depositado las esperanzas de la dinastía. Sin duda, doña Mariana Engracia Álvarez de Toledo fue una de las principales responsables de que pequeños infantes como Felipe Próspero dieran sus primeros pasos por palacio con pesados amuletos y veneradas reliquias colgando de sus infantiles hombros<sup>14</sup>. El miedo y la angustia por la supervivencia de los infantes fueron sentimientos compartidos que experimentaron juntas doña Mariana y el aya, dúo al que se sumaría probablemente el confesor jesuita de la reina, Nithard que, en el confesionario, consolaría a la joven soberana por las pérdidas de sus neonatos, los dolores de la maternidad y demás sinsabores derivados de la concepción... después de todo esa era una de las obligaciones de la consorte: dar un heredero a la corona. Por eso, cuando nació Carlos II el 6 de noviembre de 1661, la reina debió de esbozar una sonrisa, albergando la esperanza de que quizás aquella débil criatura fuera la definitiva. En el bautizo de don Carlos, el aya ya disfrutó de un protagonismo especial en el ceremonial:

El niño Carlos, vestido con mantillas azules bordadas en plata era conducido por su aya, la marquesa de los Vélez, en una silla de tela blanca y coral, protegida por cristales valiosos, y de la que fueron portadores seis reposteros de cama<sup>15</sup>.

Pero fue con el cambio de estatus jurídico-político de la reina doña Mariana de Austria cuando el aya, amiga y confidente, comenzó a demostrar su incipiente y prometedor poder informal en las ceremonias de palacio. El protagonismo que obtuvo en las mismas, consecuencia directa de la transformación de su cargo de aya de un infante a aya de un rey-niño de salud precaria, llegó a escandalizar a algunos nobles que observaron con disimulado disgusto cómo una mujer, conyugada por la regente, ocupaba espacios que en otras circunstancias políticas nunca se hubiera atrevido a pisar. La temprana participación de doña Mariana

<sup>14</sup> Véanse los retratos que Velázquez hizo del infante Felipe Próspero. Consúltense igualmente, N. Horcajo Palomero, "Amuletos y talismanes en el retrato de Felipe Próspero de Velázquez", *Archivo Español de Arte* 72 (Madrid 1999). pp. 521-530. Agradezco a Valeriano Sánchez Ramos la recomendación de este artículo, citado en V. Sánchez Ramos, "El poder de una mujer en la corte...", p. 34.

<sup>15</sup> J. Deleito y Piñuela, *El rey se divierte*, Madrid 2006, p. 243.



Engracia en el ceremonial cortesano es una prueba de la gustosa asunción de este poder de la que hizo gala. El 27 de octubre de 1665, en la primera aparición pública del rey, el aya se presentó sentada sobre una silla y bajo dosel, sosteniendo al rey-menor en sus rodillas<sup>16</sup>. Fórmula arriesgada ya que en la etiqueta de palacio “dar la silla” era un privilegio sólo reservado a las altas dignidades, normalmente miembros de la familia real<sup>17</sup>. Ante la falta de viabilidad de otras formas de presentación del monarca-niño<sup>18</sup> se recurrió a esta concesión en el ceremonial que no fue del agrado de muchos.

El embajador imperial, el conde de Pötting, atento observador de los movimientos de las piezas femeninas del ajedrez cortesano, se percató –quizás desde el instante en que vio al aya sentada sobre una silla– de la gran influencia que esta señora estaba empezando a tener en los primeros pasos de la regencia. El emperador no debió demorarse en ordenar a su embajador ordinario que agasajara a aquella piadosa mujer que era tan del gusto de su hermana, y que quizás podía agilizar los trámites de su boda con la infanta Margarita, uno de los objetivos diplomáticos del conde de Pötting y de sus compañeros, los enviados extraordinarios: el conde de Harrach y el barón de Lisola. Pero el aya ya se había percatado de los beneficios que podría reportarle un acercamiento al embajador imperial: Doña Mariana Engracia comprendió que Pötting era un personaje importante y que debía acercarse a él: uno de sus primeros movimientos consistió en regalar a la esposa de Pötting, en la temprana fecha del 21 de octubre de 1665, seis melones “muy trasordinarios en lo grande y eçelente”. El conde y la condesa recibieron tal presente “político” seis días antes de que se celebrara la ceremonia de presentación pública del rey niño. ¿Quizás el aya temía la desaprobación que su impactante aparición podía suscitar en el experimentado diplomático? Si la ceremonia pareció correcta o no al conde de Pötting poco importa, pues el embajador continuó con su política de acercamiento al aya. El gran agasajo del conde, y por tanto del Imperio, a la gentil señora se realizó el 23 de noviembre de 1665, día en el que el conde de Pötting y el conde de Harrach entregaron al aya una rosa de diamantes como regalo de su majestad cesárea:

<sup>16</sup> J. Contreras, *Carlos II el hechizado. Poder y melancolía en la corte del último Austria*, Madrid 2003, p. 85; V. Sánchez Ramos, “El poder de una mujer en la corte...”, p. 38.

<sup>17</sup> J. Gállego, *Visión y símbolos en la pintura española del Siglo de Oro*, Madrid 1972, p. 226.

<sup>18</sup> Las soluciones alternativas sugeridas por el duque Medina de las Torres fueron desechadas por inviables dada la debilidad del monarca.

Fuimos con el conde de Harrach â visitar [a] la marquesa de los Vêles, aya del Rey, y después [de] haverle hecho un complemento de parte de SMC, le entregamos una joya que le envió la dicha Majestad, mostrándose la marquesa muy agradecida a la dicha merced. La joya consiste en una rosa de diamantes muy bien labrada <sup>19</sup>;

la marquesa de los Vélez se mostró muy agradecida, el obsequio no era para menos, pues ella estaba excelentemente relacionada en el plano cortesano e institucional: en la junta de regencia tenía varios adeptos: el primero y más importante Nithard y, no en menor medida, el marqués de Aytona <sup>20</sup>, pariente que tenía en la corte a su hermana doña Magdalena de Moncada <sup>21</sup>, acérrima enemiga que había sido de don Luis de Haro y por aquel entonces cercana al aya y su círculo. “Curiosamente” Magdalena de Moncada fue igualmente agasajada por los dos diplomáticos imperiales, que al día siguiente de haber entregado al aya la rosa de diamantes regalaron a Magdalena de Moncada (en el cuarto de la camarera mayor, lugar simbólico) otra joya de gran valor <sup>22</sup>. Estos medidos gestos de cortesía efectuados por los representantes de Leopoldo certifican el empeño de éste por acercarse lo más posible a su hermana a través de las carismáticas mujeres que la rodeaban.

La segunda participación importante del aya en el ceremonial cortesano no se hizo esperar: en diciembre de 1665 la reina le hizo responsable de entregar, en nombre del rey, el Toisón de Oro al conde Fernando de Harrach <sup>23</sup>. El hecho que fuera una mujer la que impusiera la prestigiosa condecoración fue muy criticado por el conde de Pötting, testigo por aquel entonces de la ceremonia:

<sup>19</sup> M. Nieto Nuño (ed.), *Diario del Conde de Pötting, Embajador del Sacro Imperio en Madrid (1664-1674)*, Madrid 1993, 23 de noviembre de 1665, I, pp. 153-154.

<sup>20</sup> Don Guillén Ramón de Moncada y Moncada, IV marqués de Aytona. Hermano de la VI duquesa de Montalto y casado con doña Ana de Silva y Portugal. V. Sánchez Ramos, “El poder de una mujer en la corte...”, p. 37.

<sup>21</sup> Sobre la dama Magdalena de Moncada: AGP, Personal, Caja 693/9; A. Malcolm, “La práctica informal del poder. La política de la Corte y el acceso a la familia real durante la segunda mitad del reinado de Felipe IV”, en *Reales Sitios*. XXXVIII/147 (Madrid 2001), pp. 38-48.

<sup>22</sup> M. Nieto Nuño (ed.), *Diario del Conde de Pötting...*, 24 de noviembre de 1665, I, p. 154.

<sup>23</sup> *Ibidem*, I, p. 156.

Reçibió el collar del Tusón de Oro â Palacio y con intervenci3n del Rey y [de] todos los dem1s cavalleros que en esta corte se hallan, el Conde Ferdinando Bonaventura de Harrach [...] La Marquessa de los Veles teniendo â su Magestad en las faldas le puso con el dicho Duque de Cardona el collar sobre el cuello, lo que a m3 no me pareçi3 muy decente que una dama actualmente se entremeta en funci3n de una Orden tan cavallerosa como esta...<sup>24</sup>.

Poco gust3 al conde este gesto que 3l juzg3 como entrometido; pero hab3a de ceder ante el poder de aquella mujer que haciendo gala de cortesana correspondencia a los regalos que 3l hab3a presentado en el mes anterior se apresur3 a felicitarle las Pascuas aquellas primeras Navidades de la regencia, una condescendencia que por diversos avatares quiz1s no volver3a a repetirse.

El aya, a principios de 1666, gozaba de la plena confianza de la reina y disfrutaba de toda la red de contactos pol3tico-familiares que tan sutilmente hab3a ido tejiendo desde que ocupara su privilegiado puesto de protectora y educadora de don Carlos, y es que, desde el instante en que doña Engracia pis3 por primera vez el Alc1zar de Madrid, el tiempo le hab3a cundido bastante: en 1663, dos a1os antes del advenimiento de la regencia, hab3a logrado (siempre amparada por la gracia de la regente) emparentar con el mayordomo mayor, el VII duque de Montalto, mediante la concertaci3n del matrimonio de su hija doña Teresa Fajardo con el hijo del famoso duque. En 1665 se hab3a celebrado el enlace aprobado y gestionado nada y m1s y nada menos que por el mism3simo duque de Alba. En 1666, su hija y su yerno ya llevaban m1s de un a1o casados por lo que el v3nculo familiar con la casa de Montalto-Moncada estaba muy afianzado. El aya, fiel a la reina, a Nithard pero tambi3n a su grupo familiar en el que se replegaba su hijo, no tendr3a f1cil su mantenimiento en el poder. De todas maneras su influencia en 1666 era indiscutible, ese fue el a1o en el que consigui3 el puesto de la gubernaci3n de Or1n para su hijo, el VI marqu3s de los V3lez<sup>25</sup>. Una prueba de que la matriarca del clan de los Fajardo, doña Engracia, gozaba de una gran consideraci3n en la corte es que a ella fueron dedicadas todas las alabanzas por la expuls3n de los jud3os de Or1n<sup>26</sup> (una tarea llevada a la pr1ctica por su v1stago):

<sup>24</sup> *Ib3dem*, I, p. 156.

<sup>25</sup> V. S1nchez Ramos, "El poder de una mujer en la corte...", p. 39.

<sup>26</sup> Don Luis de Sotomayor public3 una relaci3n de la expuls3n de los jud3os de Or1n. *Ib3dem*, p. 41.

ofrece a la excelentísima señora, mi señora doña Mariana Engracia de Toledo y Portugal, marquesa de los Vélez, madre de su excelencia, aya del rey nuestro señor don Carlos Segundo (que Dios guarde), a cuyo dichoso reinado reservó nuestro señor el impulso de tan acertada ejecución<sup>27</sup>.

Apologistas, buscando quizás prebendas, o pagados por la propia casa de los Fajardo, convoyaron a madre e hijo relatando con pasión sus logros como servidores de la Casa de Austria<sup>28</sup>.

La camarera mayor, recelosa a causa del ascenso de su prima, se refugió en el conde de Pötting y su círculo de poder, espacio en el que una dama tocadora de la corte pronto comenzó a despuntar: Leonor de Velasco<sup>29</sup>, buena conocedora de la corte imperial. La estrecha relación política que logró entablar con el conde de Pötting es una muestra más de cómo la amistad no siempre estuvo ligada a la tendencia político-cortesana, ya que doña Leonor, con el tiempo, se iría desmarcando de la política del conde de Pötting.

Leonor de Velasco comenzó su carrera en la corte en 1629 como dama de la infanta María<sup>30</sup>, aquella hermana de Felipe IV pretendida por el príncipe de Gales y que finalmente, en 1630, había sido destinada emperador Fernando III. Leonor, junto con otras damas de la corte, entre las que se encontraba su madre doña Victoria de Toledo y Colona, se instaló en Viena para cumplir con sus responsabilidades palaciegas. En la corte del emperador Fernando III, donde llegó a residir casi veinte años, aprendería las normas básicas del comportamiento cortesano. Allí vio morir a su progenitora que por aquel entonces era la camarera mayor de la emperatriz doña María<sup>31</sup>. En 1646 pasó a servir a la archiduquesa

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 41.

<sup>28</sup> Otra obra en la que se exaltó a la casa de los Fajardo como la principal responsable de la expulsión de los judíos de Orán es la siguiente: D.P. de Albornoz, *Castilla política y cristiana*, Madrid 1666. Para profundizar en los memoriales laudatorios de la casa Fajardo, véase D. Centenero de Arce, “Espejos de la memoria. La publicística en la historia de la Casa Fajardo”, en F.J. Guillamón Álvarez, J.D. Muñoz Rodríguez, G. Sabatini y D. Centenero de Arce, *Gli eroi Fassardi. Los héroes Fajardos. Movilización social y memoria política en el Reino de Murcia (ss. XVI-XVIII)*, Murcia 2005, p. 82.

<sup>29</sup> Hija del VII conde de Siruela y de Victoria de Pacheco y Colona: L. Oliván Santaliestra, *Diccionario biográfico español*, en prensa.

<sup>30</sup> AGP, Personal, Caja 1317/31. Véase también K. Keller, *Hofdamen. Amtsträgerinnen im Wiener Hofstaat des 17. Jahrhunderts*, Viena 2005, pp. 328-329.

<sup>31</sup> Doña Victoria falleció en 1638. K. Keller, *Hofdamen...*, p. 329.

doña Mariana y en este círculo tuvo la posibilidad de conocer con mayor profundidad al confesor de su ama: el padre Nithard, que por aquel entonces era el director espiritual de la archiduquesa y su hermano Leopoldo, futuro emperador. En definitiva, doña Leonor pasó toda su juventud en la corte de Viena, en la que adquirió un bagaje político, cultural y social que la convertiría en una dama muy experimentada de la que pocos cortesanos podrían prescindir. Buena agente y con una fuerte personalidad, en 1665 aparece como una firme valedora del partido imperial tal y como demuestra su gran amistad política y personal con el conde de Pötting. En este sentido entre 1665 y 1666 se puede comprobar la buena relación que el embajador y doña Leonor mantenían a través del intercambio de regalos que ambos practicaban. Existen muchos ejemplos de esta usual práctica, uno de ellos es el siguiente: el quince de noviembre de 1665 la condesa de Pötting se acercó a palacio y entregó a doña Leonor de Velasco una estufilla de martas cebellinas del maestro pelletero valorada en 400 ducados<sup>32</sup>. A este presente le seguirían muchos otros.

Como el resto del grupo, doña Leonor depositó sus esperanzas en Nithard como potencial valedor de los intereses del Imperio<sup>33</sup>; sin embargo pronto se desengañó al comprobar que el jesuita bloqueaba el acceso a la reina regente. Según las malas lenguas, el odio de la dama a Nithard era consecuencia del despecho<sup>34</sup>. Dama soltera, doña Leonor habría deseado casarse con don Fadrique, hijo bastardo del marido de la camarera mayor. El Consejo de Estado, con el supuesto beneplácito de Nithard, se habría opuesto al enlace de doña Leonor con don Fadrique. Este desaire “amoroso” que seguramente sólo fue uno de tantos contratos matrimoniales fallidos, habría sido en teoría la única causa por la cual doña Leonor se habría enemistado con Nithard y la regente. Sin embargo hay

<sup>32</sup> M. Nieto Nuño (ed.), *Diario del Conde de Pötting...*, II: 15 de noviembre de 1665.

<sup>33</sup> En sus *Memorias inéditas*, Nithard se queja de que doña Leonor que se había mostrado en principio muy cercana a él, le había traicionado. Rafaella Pilo cita este párrafo en el que Nithard critica duramente a doña Leonor:

habiendo sido antes sumamente afecta a mi persona, y tratándome con singular amistad y confianza, y recibido por mi medio e interposición no pocos, ni pequeños beneficios que yo pudiera contar, si fuera necesario, ni ella con razón y verdad, los puede negar apartándose después de mi amistad y pagándomelos con mala moneda y abominable ingratitud (BNE, Ms. 8360, fol 1).

<sup>34</sup> Interpretación de Maura. G. Maura, *Carlos II y su Corte*, Madrid 1911-1915, I, p. 291.

que entender que estos lances tan propios de las novelas románticas perfilan las tendencias políticas y no sentimentales de los personajes aludidos. Maura, en su obra *Carlos II y su corte* (1911), calificó a doña Leonor de dama: “chismosa, casquivana y enredadora”<sup>35</sup> que

puso al servicio de don Juan, ojos avizores de corrida indiscreta y lengua mordaz de doncella averiada, con la esperanza de ofrecerle su desmantelado corazón y el faldó de sus encantos<sup>36</sup>.

Los rumores de esta utópica relación amorosa sólo podían referirse a la vinculación de doña Leonor con el heterogéneo y coyuntural partido “juanista”. Es difícil calibrar cuándo la dama inició sus contactos directos con don Juan. A principios de 1666 lo único que se puede constatar es el rechazo a la figura del padre confesor<sup>37</sup>, un sentimiento con el que coincidió tempranamente con el conde de Pötting. Y es que el confesor de la reina por aquellas fechas ya había empezado a dar muestras de su escasa predisposición para beneficiar los intereses de Leopoldo I en Madrid. Personaje enigmático y ambicioso, el confesor bloqueó el acceso de los agentes imperiales a la reina: el antiguo preceptor del emperador, por razones que se desconocen, no favoreció el diálogo entre el diplomático imperial y la regente.

Como se ha indicado con anterioridad, doña Leonor fue evolucionando hacia un “juanismo” cada vez más convencido aunque es difícil calibrar el momento exacto en el que la dama tocadora comenzó a hacer de verdadera agente de don Juan José<sup>38</sup>. Quizás en la primera mitad de 1666 este apoyo no era claro, porque doña Leonor siguió mostrando su más sincero respeto a Pötting y su familia después del primer encuentro poco afortunado entre don Juan y el conde.

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. 291.

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 291.

<sup>37</sup> Su “antinithardismo” fue evidente desde el principio de la regencia, tal y como demuestra el documento estudiado por R. Pilo, “Everardo Nithard...”, en prensa. Según esta fuente perteneciente a las *Memorias inéditas de Nithard*, doña Leonor, en los inicios de la regencia, junto con el marqués de Mortara, hizo lo posible para evitar que Nithard fuera nombrado Inquisidor General.

<sup>38</sup> *Papel en que se trata de persuadir a SM los fines que tiene el señor don Juan y sus valedores para excluir al Inquisidor General de la junta de gobierno y consejo de estado, quando se trata de las cosas del señor don Juan. Discurre sobre diferentes sujetos*. Fecha posible julio 1668-enero 1669. BNE, Ms. 8358, pp. 296-299.

Éste último hizo partícipe a doña Leonor de sus contactos con don Juan: el 19 de mayo de 1666 Pötting comentó con la dama los últimos pormenores de “la presente materia de don Juan”, la materia no era otra que el asunto del matrimonio del bastardo real con la archiduquesa Claudia Felicitas, un proyecto disparatado que el príncipe bastardo había proyectado como una alternativa a la imposibilidad de entrar a formar parte de manera oficial en el gobierno de la regencia. Fue el dos de junio de 1666 cuando don Juan y el conde de Pötting se entrevistaron de incógnito para tratar el controvertido negociado; el diplomático había recibido estrictas instrucciones de Viena: el objetivo de Leopoldo era “ceder sin conceder”, apartar del ánimo del bastardo el deseo de contraer matrimonio con la archiduquesa, hacerle comprender los perjuicios políticos del mismo y ofrecerle beneficios si finalmente accedía a favorecer al partido imperial en la corte de Madrid. A juzgar por el egocéntrico comportamiento del que haría gala don Juan en los meses posteriores, los resultados de la entrevista con el conde no debieron ser muy satisfactorios. El príncipe bastardo comenzó a diseñar un plan para lograr acceder al gobierno central a través de los cauces cortesanos. Agotada la vía del triunfo político en un destino lejano, don Juan José, dotado de una gran confianza en sí mismo, empezó a creer en sus propias posibilidades como icono político de la regencia de su enclenque e infantil hermanastro. Doña Leonor, conocedora del resultado del significativo encuentro entre don Juan y el conde de Pötting aquel mes de junio, no dio muestras de un rendimiento especial hacia el bastardo pero sí que continuó con su práctica habitual de ofrecer espléndidos regalos al diplomático imperial ¿sutil estrategia para acercar de nuevo a diplomático riguroso y príncipe rebelde?; el 22 de junio, a los veinte días de la cita, doña Leonor entregó al conde de Pötting una cuenta original de Santa Juana de la Cruz; el diplomático se colocó el presente en el brazo izquierdo, cerca del corazón, para recordar en todo momento la devoción y el cariño que la dama sentía hacia él:

Hablé en el cuarto<sup>39</sup> de la camarera mayor a la doña Leonor de Velasco la qual me regaló con una cuenta original de Sancta Juana de la Cruz, encajada en oro y ensartada en una cadenilla, poniéndomela en el brazo izquierdo para traerla en su memoria, alaja muy estimada y rara<sup>40</sup>.

<sup>39</sup> “[...] las mujeres de grandes y otras de igual o inferior grado tomaron audiencias en los cuartos de la camarera de la reina”. AGP, Reinados, Luis I, Caja 4, Exp. 4.

<sup>40</sup> M. Nieto Nuño (ed.), *Diario del Conde de Pötting...*, 22 de junio de 1666, I, p. 215.

El preciado objeto, dotado de un fuerte poder simbólico venía a actuar como un verdadero “token”<sup>41</sup>, cuyo significado no nos atrevemos a aventurar ¿una simple continuación de su entrega política al partido imperial o un intento de introducir en los “afectos” del diplomático a aquel príncipe bastardo que aspiraba a conquistar los espacios políticos del Alcázar? Sea como fuere, en junio de 1666, doña Leonor, acusada por los panfletos de servir a don Juan, mantenía una excelente relación con el conde de Pötting, con el que platicaba en el cuarto de la camarera mayor tras las audiencias del diplomático con la reina. El cuarto de doña Elvira, reservado según las etiquetas para el recibimiento de las damas ilustres de palacio, era utilizado con frecuencia por el conde, un personaje que por aquellas fechas seguía siendo del agrado de la camarera mayor. Doña Elvira compartía los desvelos políticos del diplomático y aunque no solía participar en las conversaciones que Pötting y doña Leonor mantenían en sus aposentos, demostraba su simpatía hacia el embajador y su familia, una afición que no era gratuita, pues aquel mes en que continuaban las negociaciones del matrimonio de la infanta Margarita con el emperador, la camarera esperaba que su hijo formara parte del séquito que debía acompañar a la “emperatriz” a la corte de Viena: de ahí que el tres de junio la camarera mayor regalara a la hija de Pötting, María Inés, “una ollita de filo grana”<sup>42</sup>.

Doña Leonor de Velasco tampoco olvidaba a la familia del diplomático: el 22 de agosto regaló a la misma niña varios juguetes, entre ellos había “cosas de plata”<sup>43</sup>. En octubre de 1666 el conde y la dama continuaron con sus pláticas políticas en los lugares más recónditos del Alcázar: “hable también en la sala oscura a la doña Leonor de Velasco mas de una hora”<sup>44</sup> y fue también en octubre de 1666 cuando doña Leonor recibió una de las críticas más duras por parte de uno de los personajes más cercanos a la política imperial, posicionado en el grupo de los descontentos con el gobierno de Nithard: este hombre no era

<sup>41</sup> Regalo muy apreciado por la persona que lo regalaba y que indicaba el rendimiento que se tenía al personaje obsequiado. Véase en B.J. Harris, “Women and Politics in Early Tudor England”, en *The Historical Journal* 33/2 (Junio, Cambridge 1990), pp. 259-281, especialmente p. 266.

<sup>42</sup> M. Nieto Nuño (ed.), *Diario del Conde de Pötting...*, I, 3 de junio de 1666.

<sup>43</sup> *Ibidem*, I, 22 de agosto de 1666.

<sup>44</sup> *Ibidem*, 11 de octubre de 1666, I, p. 246.



otro que el VII duque de Montalto, consuegro del aya, mayordomo mayor de la reina, amigo del marqués de Castelrodrigo <sup>45</sup> y del melancólico duque Medina de las Torres <sup>46</sup>, y futuro artífice de la pequeña conspiración que se fraguaría para expulsar al padre Nithard de la corte. A pesar de que el talante político de doña Leonor era (al menos lo fue coyunturalmente) semejante al suyo, el duque de Montalto no escatimó en insultos e improperios a la hora de calificar los movimientos cortesanos de la dama: mujer a la que ya había juzgado de “indigna” <sup>47</sup> en diciembre de 1665 <sup>48</sup>. En octubre de 1666, en una carta destinada al marqués de Castelrodrigo, el duque de Montalto afirmó –aludiendo directamente a la dama– que:

este Palacio[...] con las malas costumbre y doctrina de doña Leonor de Velasco se ha convertido en una casa pública y pasan cosas horribles, multiplicándose el desonor como el género humano y nada se remedia <sup>49</sup>.

El VII duque de Montalto criticó las “formas” y procedimientos de la dama, no sus capacidades, reconocidas esas mismas fechas por el conde de Pötting, que había escrito en las páginas de su diario lo siguiente: “dama de muchísima comprensión y mayor de muchos principales ministros de esta monarquía” <sup>50</sup>. El duque centró sus críticas en la excesiva fineza de doña Leonor (Pötting llegó a afirmar que doña Leonor de Velasco era la dama “más fina que se pueda creer” <sup>51</sup>) y en su falta de ética y moral en el trámite de sus intereses políticos

<sup>45</sup> A su vez, el marqués de Castelrodrigo mantenía unos fuertes lazos de amistad con el conde de Pötting. Véase L. Oliván Santaliestra, *Mariana de Austria en el encrucijada política del siglo XVII*, Tesis inédita, Universidad Complutense, Madrid 2006, pp. 176-186.

<sup>46</sup> Sobre el duque Medina de las Torres véase R.A. Stradling, “A Spanish Statesman of Appeasement: Medina de las Torres and Spanish Policy, 1639-1670”, en *The Historical Journal* 19/1 (Cambridge 1976), pp. 1-31.

<sup>47</sup> Al parecer aceptaba importantes sumas de dinero a cambio de la negociación de mercedes con la reina regente. R. Pilo, “Everardo Nithard...”, en prensa.

<sup>48</sup> Cita tomada de R. Pilo, “Everardo Nithard...”, en prensa.

<sup>49</sup> Cita tomada de R. Pilo, “Everardo Nithard...”, en prensa. BNE, Ms. 13307: Moncada a Castelrodrigo. Madrid 19 de octubre de 1666.

<sup>50</sup> M. Nieto Nuño (ed.), *Diario del Conde de Pötting...*, 22 de marzo de 1665, I, pp. 287-288.

<sup>51</sup> *Ibidem*, 30 de abril de 1669, II, p. 25.

y personales... Demasiado camaleónica<sup>52</sup>, doña Leonor interpondría su pretensión a cualquier código de ética política. Lo que no sería del agrado de muchos cortesanos como el VII duque de Montalto, que en aquella etapa confiaba más en mujeres como su consuegra el aya.

En 1667 un grave conflicto protocolario enfrentó a la camarera mayor y al aya de los infantes. Aquel año Carlos II ya se sostenía en pie por lo que la camarera mayor, recelosa del protagonismo que tenía doña Mariana Engracia en el ceremonial de palacio, solicitó a la reina que ésta última se retirara de las apariciones públicas, ya que su presencia al lado de un rey-niño que podía mantenerse erigido sin ayuda, a su juicio, era innecesaria. El aya sin embargo no quiso renunciar a los privilegios que tantos beneficios le estaban reportando. Maura afirma que el intrincado dividió a las mujeres de la cámara de la reina: las “nitradas” apoyarían al aya y las “austriacas” respaldarían a la camarera<sup>53</sup>. Sea como fuere el caso es que el conflicto se saldó con el triunfo del aya, dueña indiscutible por aquellas fechas del afecto de una reina que no dudó en revocar la decisión tomada por el Consejo de Estado de reconocer la precedencia de la camarera.

Que la influencia del aya se proyectaba más allá de las cámaras de la reina es una evidencia: matriarca de un grupo de poder cuyos tentáculos se extendían por los órganos institucionales y cortesanos más importantes de la monarquía, la voz de esta mujer se dejó oír incluso en las sesiones de los consejos, a las que nunca asistió. Convencida o inspirada por algunos de sus allegados que vieron en ella a la mejor y más directa portavoz de sus intereses políticos, aconsejó a la reina continuar la guerra de Portugal; así lo expresó el conde de Harrach<sup>54</sup>:

*Ich [conde de Harrach] habe Ihnen auch repraesentirt, dass Portugal gleichfalls zu befürchten seie, indeme die Aya und viel Ministre von selber Extraction und wie sie den verstorbenen König verrathen, den Krieg zu continui- ren, die Königin persuadirt, einen disreputirlichen Frieden zu machen...*<sup>55</sup>.

<sup>52</sup> El camaleón era el animal que más se identificaba con el cortesano astuto y disimulado. Véase J. Martínez Millán, “La corte de la monarquía hispánica”, en *Studia Histórica. Historia Moderna* 28 (Salamanca 2006), pp. 17-61, especialmente p. 59.

<sup>53</sup> G. Maura, *Carlos II y su Corte...*, I.

<sup>54</sup> ÖStA, FA Harrach Handschriften, *Harrach Tagebuch*, Kt. 6/1. Harrach hizo esta anotación en su diario en 1673. Prueba de que en la corte se recordaba vivamente la influencia que había tenido el aya en 1667.

<sup>55</sup> ÖStA, FA Harrach Handschriften, *Harrach Tagebuch*, Kt. 6/1, p. 95.

Como se puede comprobar en esta anotación, el aya junto a sus familiares, apoyó las opiniones contrarias a resolver el conflicto luso con una paz deshonrosa para la monarquía hispánica y ello a pesar de que su parentesco con la Casa de Braganza, en caso de que la independencia de aquel reino fuera internacionalmente conocida, podría llamar a su familia al trono portugués. Fue quizás a raíz de este posicionamiento cuando el conde de Pötting decidió renunciar a una relación, ya por aquel entonces muy enfriada, con aquella señora que se oponía a la firma de unas paces que podían beneficiar claramente al Imperio y por las que el diplomático imperial había luchado a lo largo de 1665 y 1666 estableciendo contactos con los mediadores hasta entonces del conflicto: los embajadores ingleses, muy interesados, al igual que Leopoldo I, en la finalización de una guerra que dificultaba los intereses económico-comerciales de Inglaterra y que impedía a la monarquía hispánica enviar pertrechos militares a las fronteras orientales del Imperio. En marzo de 1669 el conde de Pötting confesó en su diario la animadversión que le venía inspirando el aya desde meses atrás. Sus ácidos, ingeniosos y sarcásticos comentarios indican claramente que Pötting consideraba al aya, a la altura de marzo del 1669, una mujer ambiciosa, soberbia y prepotente:

Hablé â doña Leonor de Velasco. Hablé con el Aya la marquesa de los Vélez, hoy legítima Infanta de Portugal por su hermano [el] conde de Oropessa [en original manuscrito: conde de oro pessa], a quien me aseguraron, hablando [con él] el embaxador de Portugal, en privado y â solas, le da [tratamiento] de Alteza, materia harto política <sup>56</sup>.

No es difícil adivinar cuál sería la posición de doña Leonor de Velasco en el intrincado que enfrentó a la camarera mayor y el aya, ni su preferencia por la paz o la guerra en el conflicto luso... En 1667, la sintonía entre Pötting, doña Leonor y la camarera mayor fue aún más si cabe mayor y así lo demuestran las continuas atenciones que ambos se brindaban: El dos de octubre de 1667 doña Leonor invitó a Pötting a chocolate, el 10 de octubre la camarera mayor, satisfecha quizás con los esponsales de la emperatriz, regaló a la condesa de Pötting varios dulces. Y en el mes de diciembre, el conde de Pötting no dudó en manifestar y compartir sus temores por la salud del monarca con doña Leonor.

<sup>56</sup> M. Nieto Nuño (ed.), *Diario del Conde de Pötting...*, 9 de marzo 1669, II, p. 24. Los condes de Oropesa estaban emparentados con la Casa de Braganza, a la que pertenecían los reyes de Portugal. Véase también F. Bouza, “En la corte y en la aldea de D. Duarte de Braganza. Libros y pinturas del Marqués de Frechilla y Malagón”, en *Península. Revista do Estudos Ibéricos* núm. 0 (Oporto 2003), pp. 261-288.

El tiempo pasó: 1668 fue un año de luchas panfletarias y duros enfrentamientos verbales entre Nithard y don Juan José. En los primeros meses, las muertes de destacadas personalidades políticas y de algún que otro espía poseedor de informaciones valiosas sembraron la Villa y Corte de sospechas e incertidumbres en un enrarecido clima de radicalismo entre dos de las personalidades del momento: el bastardo y el jesuita<sup>57</sup>. En los tumultuosos meses de 1668 el conde de Pötting mantuvo fluidos contactos con doña Leonor de Velasco: el 18 de octubre doña Leonor regaló al conde con tres pares muy finos de guantes de ámbar y el 10 de noviembre el diplomático siguió con sus acostumbradas pláticas con la dama a la que calificó de sabia y experimentada: “mujer que con ser dama y de edad sabe mucho”<sup>58</sup>. Fue en esos meses se preparó el complot contra Nithard. Los odios hacia el jesuita fueron canalizados a través de los nobles descontentos que se agruparon de manera heterogénea en torno al bastardo real. La maquinaria propagandística desplegada en contra del jesuita surtió los efectos deseados y don Juan, doblemente prófugo tras desobedecer las órdenes de la reina que lo enviaban a los Países Bajos, concentró todos sus esfuerzos en convertir en realidad sus amenazas verbales. La muerte en mayo de 1668 de Malladas, caballero aragonés de sugerida tendencia juanista, desencadenó un escándalo en la corte y entre los sectores más cercanos a don Juan, que utilizaron el ajusticiamiento del personaje como arma arrojadiza contra el gobierno del jesuita.

En política exterior el panorama estaba lejos de estar calmado: la firma de las paces con Portugal en 1668 contribuyó a mantener el desprestigio de la reina y su valido. A pesar de que la paz sellada con el reino luso fue oficialmente aceptada por los consejos, la regente sufrió las más agrias críticas en panfletos y aún entre los cortesanos que en su fuero interno entendían las razones de aquella “humillante” capitulación de la regencia. La crítica que se hizo a la reina: “Portugal que gobiernos de mujer perdieron”<sup>59</sup>, contribuyó al desprestigio de aquella corona transitada por sienes femeninas.

<sup>57</sup> Sobre los panfletos de la época: C. Gómez-Centurión Jiménez, “La sátira política durante el reinado de Carlos II”, en *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea* 4 (Madrid 1983) pp. 11-33.

<sup>58</sup> M. Nieto Nuño (ed.), *Diario del Conde de Pötting...*, 10 de noviembre de 1668. I, p. 420.

<sup>59</sup> Panfleto citado en C. Gómez-Centurión, *Sátira política y protesta popular durante el reinado de Carlos II (1665-1700)*, Memoria de Licenciatura, Univ. Complutense de Madrid, Madrid 1981, p. 165. Agradezco la gentileza del autor al dejarme consultar su obra.

En las Navidades de 1668 el aya ya no aparece en las anotaciones del conde de Pötting. El mes de diciembre la corte hervía ante la posible salida del jesuita de la corte. Desde los consejos se invitó a la reina a enviar a su valido a Roma con todos los honores y la seguridad que un puesto de embajador extraordinario podía reportarle. Sin embargo la regente se mantuvo firme y obstinada en una encrucijada que estaba poniendo gravemente en entredicho su autoridad. Esas complicadas Navidades en las que Pötting vio morir a su hijo, sólo algunas damas de palacio le obsequiaron con condolencias y algunos regalos: la camarera mayor, fiel servidora del Imperio, obsequió al conde el 24 de diciembre con manteca y dulces. La marquesa de Villanueva de la Baldueña quiso demostrar con este gesto su apoyo moral y político al sufrido diplomático que en aquel cambio de año tuvo que desplegar todo su arsenal mediador en el conflicto don Juan-Nithard. Ayudado por el nuncio, el conde de Pötting trató de convencer a la reina de la perentoria necesidad de alejar a su confesor de su lado antes de que la furia de don Juan y sus seguidores provocase una inestimable “defenestración” que acabaría con su dignidad y autoridad como regente de la monarquía. Ceder a las amenazas del bastardo y la cohorte de malcontentos que arropaban sus pretensiones era claudicar y demostrar una falta de autoridad poco recomendable. El aya, mujer astuta y ambiciosa, ducha en las cuestiones palaciegas, no desconocería las tramas de su consuegro el VII duque de Montalto, aglutinador de rebeldes contra el “imperio” cortesano del teatino<sup>60</sup>. Entre la espada y la pared, la señora actuó con cautela y sigiloso disimulo tratando de consolar a la reina en su bochornoso trance. Doña Engracia permaneció, al menos así lo incidan las fuentes, callada, a la espera del resultado visible de las contundentes acciones emprendidas por sus familiares contra la soberana.

Doña Leonor, haciendo gala de su particular carácter cortesano, reina de la “nueva Babilonia”, dama que sin quizás saberlo seguía rigurosamente los dictámenes de Alonso de Barros<sup>61</sup> elevando sus pretensiones a la categoría de fin con

<sup>60</sup> Rafaella Pilo, “Casi todos los hombres del Cardenal Moncada. La conjura de otoño (octubre de 1668-marzo de 1669)”, en J.M. Bernardo Ares (coord), *La sucesión de la monarquía hispánica, 1665-1725. Lucha política en las Cortes y fragilidad económico-fiscal en los Reinos*, Córdoba 2006, pp. 257-275.

<sup>61</sup> Sobre este personaje véase J. Martínez Millán, “Filosofía cortesana de Alonso de Barros (1587)”, en P. Fernández Albaladejo, J. Martínez Millán, V. Pinto Crespo (coords), *Política, religión e inquisición en la España Moderna. Homenaje a Joaquín Pérez Villanueva*, Madrid 1996, pp. 461-482.

los medios más amorales, prestó su más firme apoyo a don Juan en la lucha contra el teatino. Una demostración de su fervorosa inclinación la vuelve a testimoniar su fiel conde: “hecha una víbora contra el teatino”<sup>62</sup>. Leonor de Velasco no pudo controlar sus pasiones políticas en una corte inmersa en la crispación ante las amenazas de don Juan y las resistencias de una obstinada reina que no quería aceptar la idea de que el jesuita no podía estar más tiempo en la corte. Tras la última sentencia de don Juan que así versaba: “si no sale el jesuita hoy por la puerta, iré yo mañana y lo echaré por la ventana”, la reina no tuvo elección: el padre Nithard salió de la palacio rumbo a Roma el 25 de febrero de 1669.

Quizás, desde los ventanales del Alcázar las tres mujeres, quién sabe si aliviadas o compungidas, observarían la vergonzosa y humillante expulsión del confesor de la reina. Don Pascual de Aragón, el encargado de ir a buscar al jesuita, era familiar del aya. Con un denodado esfuerzo por disimular cualquier sentimiento de alegría por la salida del teatino, la camarera mayor, contemplaría complacida la escena, convencida de que a partir de ese momento la reina atendería con mayor atención a la facción imperial con la que su hijo había contraído notables compromisos al haber participado como acompañante de la infanta Margarita en su viaje a Viena. Celosa, saborearía las mieles del triunfo, aunque agridulce, frente a su enemiga el aya, a la que la crisis había perjudicado por los clamorosos enfrentamientos entre sus más fieles parientes y su –en principio– fiel compañero de fatigas religiosas, el padre Nithard. Doña Mariana, aquel día, derrumbada, derrotada y acompañada por sus fieles jaquecas, lloraría amargamente. Mientras, el aya, observaría con contradictorios sentimientos la marcha del teatino: gracias a él había consolidado su amistad casi obsesiva con la reina regente, había compartido angustias por la suerte del rey niño y piedades extremas propias de los más profundos desvelos del espíritu jesuítico; unas confianzas e intimidades que bien le habían valido para beneficiar a su hijo, gobernador de Orán desde 1666, y al resto de su extenso clan familiar. Aliviada por el fin de la crisis, en su espíritu albergaría seguramente el temor por las consecuencias de su ambigua posición en el conflicto y comprendería que a partir de ese momento debía recuperar el favor de una reina recelosa con la templada actitud de la que había considerado su más fiel confidente. Doña Leonor fue, sin duda alguna, la mujer que más felicidad sentiría al ver alejarse la carroza que conducía

<sup>62</sup> M. Nieto Nuño (ed.), *Diario del Conde de Pötting...*, 2 de febrero de 1669, II, p. 15.

a Nithard hacia el destierro. Tres mujeres, tres miradas distintas de un mismo acontecimiento, tres sentimientos y tres interpretaciones que coincidirían una vez más con los de otros tantos ministros y cortesanos.

El entusiasmo de una dama tan visceral como Leonor de Velasco no pasó desapercibido a doña Mariana de Austria, que en aquellos momentos era especialmente suspicaz a cualquier conato de alegría. La regente comenzó a demostrar una abierta inquina hacia la dama y esta actitud puso en alerta al emperador, que conocía la estrecha amistad política que unía a su representante con aquella mujer, una relación que ahora que Nithard había desaparecido como obstáculo podía obstruir el recién abierto camino del grupo imperial hacia la voluntad de la reina. Ese mismo mes en el que el conde de Pötting se esforzaba por mediar entre don Juan y doña Mariana <sup>63</sup>, recibió los avisos de un preocupado Leopoldo que le advirtió del peligro que suponía su continuado favor con doña Leonor, mujer que —a su juicio— espiaba los movimientos de una reina regente que ya la consideraba su enemiga. Leopoldo solicitó encarecidamente al conde que disminuyera sus contactos con la dama <sup>64</sup>. El conde tranquilizó a su amo comunicándole que no era tanta la confianza que tenía con ella; una falsedad: los continuados encuentros que ambos siguieron manteniendo a lo largo del año 1669 lo certifican.

#### *Fidelidades, traiciones y competencias (1669-1677)*

La reina se sintió circundada por fantasmas reales o imaginarios en las noches que siguieron a la expulsión de Nithard de la corte. A buen seguro no se sentirían así los grandes, que, aliviados por la desaparición forzada del teatino, comenzaron una campaña de conquista de la voluntad de la soberana, una voluntad débil y aquejada por el temor a perder el poder. Aquellos nobles que tan firmemente habían apoyado al bastardo en su lucha por la salida de la “cabeza

<sup>63</sup> *Ibidem*, 23 de marzo del 69, II, p. 27: “también di à SM traslado de la carta que me escribio don Juan de Austria. Hable a la Velasco”.

<sup>64</sup> Leopoldo I a Eusebio Pötting, Wien, 3 de agosto de 1669, Brief. 224, en A.F. Pribam y M.L. von Pragenau, *Fontes Rerum Austriacarum. Österreichische Geschichtsquellen. Privatbriefe Kaiser Leopolds I an den Grafen F. E. Pötting. 1662-1673*, 56 y 57, Viena, 1903-1904.

de turco” de la monarquía volvieron sus miradas hacia la corte en busca de nuevas oportunidades de acceso a la gracia real, dispensada ahora por una soberana libre de las influencias del padre confesor. Esperanzados, trataron de acomodarse a la nueva situación y abandonaron sus años de rebeldía para pasar a ocupar beneficiosos puestos en los nuevos organismos que la regente creó para paliar su temor a las furias del bastardo. La reina aceptó todas las peticiones que éste le hizo (entre ellas la creación de la Junta de Alivios), con el fin de calmar sus exaltados ánimos, los mismos que don Pascual de Aragón y el cardenal Moncada, fervorosos “juanistas” en el caso Nithard, tratarían de aplacar. Triunfo por tanto, aunque algo pírrico para don Juan, ya que si por un lado consiguió que la reina hiciera realidad algunas de sus aspiraciones, por otro observó con resentimiento cómo gran parte de los nobles que le habían apoyado en la expulsión de Nithard, volvían a bucear en las aguas más seguras de la corte. La creación de la guardia Chamberga a finales de mayo de 1669 supuso una nueva fuente de promoción para algunos de los hombres que habían participado en la “conjura” contra el jesuita: este fue el caso del VIII duque de Montalto, yerno del aya e hijo de aquel VII duque de Montalto-cardenal Moncada que se había dedicado a reclutar nobles malcontentos para presionar en la lucha contra el favorito de la reina. Las veleidosas voluntades políticas de nobles cortesanos afectaron igualmente a las mujeres de la corte. La marquesa de los Vélez, en vista del comportamiento de sus familiares, trató de disipar cualquier recelo que pudiera conservar la reina hacia ella apoyándose en un personaje, pariente suyo, que estaba empezando a despuntar en el horizonte cortesano: el marqués de Aytona, miembro de la Junta y por aquel entonces, mayordomo mayor de la reina. El nuncio relata en su correspondencia cómo en el mes de abril Aytona y Castelrodrigo idearon toda suerte de artimañas y estrategias para recabar la atención de la reina “*la privanza alla quale aspirano [...] per impegnar a la Regina nil loro arbitrio*”<sup>65</sup>. El marqués de Aytona se destacó en este sinuoso acercamiento a la reina para el que se valió de unas agentes muy especiales: su hermana doña Magdalena de Moncada y otras mujeres de palacio<sup>66</sup> entre las que estaría muy probablemente doña Mariana Engracia, el aya. El marqués tuvo éxito y fue nombrado general de la guardia Chamberga, milicia que con el tiempo se hizo

<sup>65</sup> ASV, Correspondencia del nuncio, Indice 1025, Libro 136. España, 13 de abril de 1669, p. 372.

<sup>66</sup> *Ibidem*, 20 de abril de 1669, p. 373v.



notablemente impopular. El pueblo de Madrid se opuso desde un principio a la formación de un ejército que cuestionaba la capacidad de la villa para proteger a la familia real. A estos recelos iniciales se sumaron las tropelías de los soldados, los saqueos y los abusos que terminaron en un claro enfrentamiento entre pueblo y milicia. Don Juan, que había sido nombrado en junio lugarteniente y vicario general del reino de Aragón, observaría con satisfacción desde su corte de Zaragoza el estrepitoso fracaso de la guarda Chamberga y la nueva oleada de oposición que se estaba fraguando en Madrid. En el mes de agosto de 1669 sólo quedaban en la corte unos cuantos partidarios de la Chamberga<sup>67</sup>, entre ellos el aya. El conde de Pötting, partidario como el nuncio de la desaparición de aquella guardia que estaba destruyendo aún más si cabe la autoridad de la regente, comenzó a criticar con sarcasmo al aya y su hermano el conde de Oropesa. En diciembre el conde felicitó las pascuas a la camarera mayor y al aya a la que llamó irónicamente en su diario “doña Catalina de Portugal, grande descendencia”<sup>68</sup>, refiriéndose a seguramente a su carácter soberbio y orgulloso por su parentesco con Catalina de Braganza, esposa de Carlos II de Inglaterra. En el mes de abril, el conde de Pötting dedicó otras lindezas al hermano de doña Engracia, hombre al que consideraba inútil, ignorante y prepotente:

Visité al conde de Oropessa, presidente del Consejo de Italia del qual sabe tanto como yo de los dominios del Gran Mogor, y hermano de la Aya del Rey, donde estriva su mayor talento, cavallero vanísimo, por la descendencia de Portugal, â cuya corona está nombrado, si la descendencia de la Cassa de Bergança faltase<sup>69</sup>.

1670 fue también un año tenso para el conde y doña Leonor, las críticas a la desbordante personalidad de la dama se suceden entre junio de 1670 y julio de 1671<sup>70</sup> combinadas con expresiones de alabanza tales como “egregia virago”<sup>71</sup>

<sup>67</sup> El marqués de Aytona, el Almirante, el marqués de Castelrodrigo y el conde de Oropesa, hermano del aya. *Ibidem*, 28 de agosto de 1669, p. 456.

<sup>68</sup> M. Nieto Nuño (ed.), *Diario del Conde de Pötting...*, 27 de diciembre de 1669, II, p. 80.

<sup>69</sup> *Ibidem*, 13 de abril de 1670, I, p. 107.

<sup>70</sup> *Ibidem*, 6 de agosto de 1670, I, p. 135: “Hablé a doña Leonor de Velasco, muy apasionada y ciega en sus propias conveniencias”.

<sup>71</sup> *Ibidem*, 15 de abril de 1670, I, p. 108.

o “dama de relevantes partes”<sup>72</sup>. El carácter arrollador de la dama no siempre satisfizo a Pötting. Aquella mujer “estrafalaria”<sup>73</sup>, “hecha una víbora de sentimientos”<sup>74</sup>, le inspiraba a la vez admiración, sorpresa y disgusto; pese a todo, doña Leonor fue, hasta el fin de su embajada en 1673, su “dama”<sup>75</sup>.

En esos años 1670-1673 que precedieron a la reestructuración de la corte que vendría de la mano de la formación de la Casa del rey, parece que doña Engracia, el aya, recuperó gran parte de la confianza de la reina: su hijo volvió de Orán para brujulear por la corte, probablemente en calidad de preceptor menor del rey-niño. Doña Engracia, entre confusa y asustada, se percataría de la velocidad a la que iba creciendo el rey, su joven pupilo, e intentaría cerrar aún más su círculo, controlando el personal que le rodeaba. En 1671 doña Mariana comenzó a barajar los nombres de los magnates que ocuparían los puestos más relevantes de la Casa del rey, cuya formación estaba prevista par el año 1674, fecha en la que Carlos II cumpliría los diez años. El aya, controladora oficial de todos los movimientos del jovencísimo monarca, intentaría colocar a su hijo entre la lista de los elegidos, sin embargo, la reina parecía tener un mejor destino para el VI marqués de los Vélez, un destino digno pero alejado del lado del rey: en 1673, el VI marqués de los Vélez fue nombrado virrey de Cerdeña. Y es que la relación entre la reina y el aya había experimentado un leve enfriamiento, prueba de ello es que a la altura de 1673, posiblemente era la camarera mayor la encargada de tramitar la correspondencia secreta que la reina mantenía con Nithard<sup>76</sup>. Doña Elvira seguía fiel al credo imperial y lo demostró a finales de 1673 con el “detalle” de ausentarse fingiendo indisposición en la entrada de la embajadora imperial, evitando así los interminables problemas de precedencia que se presentaban en los encuentros ceremoniales entre la camarera mayor de la reina y la embajadora del

<sup>72</sup> *Ibidem*, 1 de junio de 1671, I, p. 197.

<sup>73</sup> *Ibidem*, 24 de julio de 1671, I, p. 207.

<sup>74</sup> *Ibidem*, 24 de julio de 1671, I, p. 207.

<sup>75</sup> *Ibidem*, 22 de diciembre de 1670: “mi dama”.

<sup>76</sup> Julián Lozano afirma que una dama misteriosa gestionaba la correspondencia entre Mariana de Austria y Nithard, y sugiere que esta señora podría ser el aya, pero ¿por qué no la camarera? J. Lozano Navarro, *La Compañía de Jesús y el poder en la España de los Austrias*, Madrid 2005, pp. 334-335.

Imperio<sup>77</sup>. Similares problemáticas de raigambre ceremonial se repetían en la corte de Viena entre la camarera mayor de la emperatriz y la “embajadora” de España<sup>78</sup>; pero aquel año de 1673, en Viena, debieron pasar desapercibidas estas desavenencias endémicas del mundo de la etiqueta cortesana... en julio de 1673 llegó la noticia a la corte de Madrid de la muerte de la emperatriz Margarita, la única y muy amada hija de doña Mariana de Austria. Aquel retrato de la núbil infanta, realizado tras la muerte de Felipe IV y pocos meses antes de su partida hacia la corte de Viena, pendía de las paredes de los aposentos más íntimos de la reina regente<sup>79</sup>... un indicio del gran amor que su madre le profesaba a pesar de la lejanía impuesta por las razones de Estado. La separación de madre e hija no había sido fácil, después de todo, doña Margarita era la primogénita del matrimonio Mariana-Felipe y antes de su enlace por poderes con Leopoldo había ocupado el segundo lugar en la línea sucesoria de la monarquía, tras su hermano el rey-niño Carlos II. Fuera el amor entre madre e hija, político, materno-filial o de otra sustancia, el caso es que sólo la correspondencia aliviaba la pena de la separación: La condesa de Eril, la camarera mayor de la emperatriz Margarita, escribía puntualmente al conde de Pötting comentando, por un lado, la vida “feliz” de la emperatriz en la corte de Viena y, por otro, solicitando encarecidamente el mantenimiento de la Casa española de su ama, que adolecía de falta de recursos. En 1669, cuatro años antes del fallecimiento de la joven emperatriz, la condesa de Eril remitió una carta al conde de Pötting relatando la celebración del día de santa Margarita: en un escenario de músicas, chanzas y comedias, la condesa aprovechó para destacar la precaria situación de la servidumbre española de la “dichosa” emperatriz:

Los años de mi Ama festejó el emperador mi señor con una comedia italiana muy gustosa, y entretenida, el día de santa margarita; en la noche está dispuesta una composición de la música de mi amo, será el rato

<sup>77</sup> Esta solución, el fingimiento de enfermedad, había sido estipulada por Felipe IV. La camarera mayor, en esta ocasión, accedió con gusto al cumplimiento de su deber. M. Nieto Nuño (ed.), *Diario del Conde de Pötting...*, 29 de diciembre de 1673, II, p. 403.

<sup>78</sup> Marqués de Villaurrutia, *Relaciones entre España y Austria durante el reinado de la emperatriz Margarita, infanta de España, esposa del emperador Leopoldo I*, Madrid 1905, pp. 37-55.

<sup>79</sup> Dato facilitado por la investigadora Mercedes Llorente. El retrato no es otro que el realizado por el pintor Juan Bautista Martínez del Mazo en 1666. Actualmente se conserva en el Prado con el título de *La infanta Margarita vestida de luto*.

gustoso según se ofrece y en lo uno y otro vemos repetido el gusto de tan amables demostraciones de cariño y cierto amor que olvida los trabajos considerar a SM tan dichosa y por participación justa todos los que estamos a sus pies. A mi señora la condesa besan... mis hijas, yo las de v.e. Deseando las mejores ocasiones de servirle, y de que guarde Dios a v.e. como puede. Viena 16 de julio de 1669. [En su letra] Señor yo me hallo con muy poca salud efecto de lo continuo de mis trabajos tan generales en esta triste familia. La reina nuestra señora aplique el remedio que debe...<sup>80</sup>

La muerte de Margarita dejó desconsolada a la reina. La emperatriz había dejado dispuesto en su testamento que su esposo y su madre se hicieran cargo de su servidumbre:

Encomendamos con toda singularidad al señor emperador nuestro tío y a la señora reyna de España nuestra madre las personas de la condesa de Eril, nuestra camarera mayor, de la marquesa de Lanzarote, señora de Honor continua, de doña Leonor Fajardo, señora de Honor y guardamaggor de las cinco damas españolas, que actualmente nos sirben; pidiéndole con todo encarecimiento las honrren y favorezcan como lo merecen sus buenos servicios<sup>81</sup>

Las mujeres que componían la casa de la emperatriz Margarita volvieron a la corte de Madrid y allí se instalaron, insertándose en la red de poder del nuevo embajador imperial, el conde de Harrach, personaje al que todo el personal conocía sobradamente debido a su estancia en Madrid como embajador extraordinario en los años 1665-66, con el cometido, precisamente, de agilizar los trámites del matrimonio de Margarita y Leopoldo. Para la condesa de Eril, la marquesa de Lanzarote y doña Leonor Fajardo, el conde Fernando de Harrach era también un viejo conocido de la corte de Viena y, como tal, buen agente político hacia el que escorarse en aquellos momentos “difíciles” en los que las tres mujeres se habían visto obligadas a regresar a la corte de Madrid tras el fallecimiento de su ama, terrible accidente para sus carreras a pesar de la precariedad sufrida entre las frías paredes del Hofburg. Afortunadamente, las tres gozaban

<sup>80</sup> HHStA, Spanien Varia 1668-1670, Karton 23, alt 25, 26, 27. La condesa de Eril al conde de Pötting, 16 de julio de 1669.

<sup>81</sup> HHStA, Spanien Varia, Diplomatische Korrespondenz, Karton 53 (Mappe 762-766), 1670-1679, Alt Fasz 69.

del favor de la reina regente que, amantísima de su hija, las acogió como fieles servidoras permitiéndoles seguir viviendo en palacio, un privilegio que el conde de Harrach, recién llegado a Madrid con el cargo de embajador ordinario, tampoco podía desaprovechar: la simpatía política entre el trío de damas regresadas del “exilio vienés” y el diplomático imperial pronto comenzó a palpitar con fuerza en el Alcázar, hasta el punto de que las mujeres más veteranas de la Casa de la reina empezaron a mostrar cierto recelo por la incorporación de estas mujeres no sólo al servicio palaciego sino, sobre todo, a las redes de poder cortesanas, espacios en los cuales la competencia se hacía sentir incluso con más fuerza que en las meras funciones de servicio garantizadas por la pertenencia a la Casa.

La reubicación y el posicionamiento en la corte de estas mujeres llegadas de Viena se vio dificultada por la coyuntura: La dinámica política de las redes cortesanas que afectaban a la Casa de la reina a la altura de 1674 se mostraba por de pronto compleja: la camarera mayor hubo de sustituir en su corazón político al conde Pötting por el conde de Harrach, el nuevo embajador, que lógicamente demostraba mayor confianza a la condesa de Eril, una de las mujeres con la que había tenido ocasión de convivir en Viena. Doña Elvira Ponce de León debió de aceptar con mayor o menor gusto la nueva posición de la ex-camarera mayor de la emperatriz en el grupo imperial, una posición que se fue definiendo con relativa rapidez gracias a la intervención de la regente y al conde de Harrach, que mostró desde un principio una gran disposición para colaborar políticamente con las mujeres regresadas de Viena. La atención del conde sin embargo no se centró sólo en Eril-Lanzarote-Fajardo. Escuchando los consejos de su antecesor el conde de Pötting y recogiendo el legado de su grupo de poder, don Fernando de Harrach inició tímidos acercamientos a la dama doña Leonor de Velasco y al aya, ambas, por aquellas fechas, algo desvinculadas del partido imperial: la primera había radicalizado su postura acercándose a don Juan y discrepando cada vez más con las opiniones del conde de Pötting, con el que sin embargo había sabido mantener una gran confianza a pesar de las desavenencias de tipo político; la segunda, aunque algo más distanciada de la reina en aquel año de 1674, estaba muy bien relacionada con grandes y cortesanos, por lo que era difícil prescindir de su favor, bien para obtener jugosas informaciones de los movimientos de nobles descontentos, bien para conocer los secretos más íntimos de la soberana con la que había compartido una buena suerte de confidencias durante los primeros años de la regencia. Con la camarera mayor

las precauciones fueron menores: Una mujer en plena consonancia con la reina que comulgaba con su credo imperial y que además se había flexibilizado su postura (como se ha comentado con ciertos recelos) para dejar espacio político a la recién llegada condesa de Eril. El dos de julio de 1674 el conde de Harrach envió a su esposa a palacio para visitar a doña Leonor de Velasco: primer acercamiento efectuado a través de su más fiel intermediaria, su mujer. Después, por la tarde, el propio conde se acercó a visitar a la condesa de Eril y a la marquesa de Lanzarote con las cuales pudo conversar en la antecámara<sup>82</sup>. Estas pláticas se sucederían con cierta regularidad en los meses siguientes<sup>83</sup>.

Ese mismo año, tras varias controversias, interrupciones y demás problemáticas cortesanas, se hicieron públicos los cargos de la Casa del rey: entre los agraciados estaban el duque de Medinaceli, sumiller de Corps, tío del hijo de doña Engracia. El conde de Oropesa y el duque de Montalto, sobrino y yerno respectivos del aya, fueron nombrados gentileshombres de cámara<sup>84</sup>. Doña Engracia albergó la esperanza de que su hijo, a instancia del duque de Medinaceli, volviera de Cerdeña y ocupara un puesto en la corte como gentilhomme de cámara. Este nombramiento nunca se efectuó, llegando las protestas del aya a oídos del conde de Harrach y su esposa<sup>85</sup>. El duque de Medinaceli favorecería a su sobrino pero, contrariamente a lo que su madre hubiera deseado, lo mantuvo lejos de la corte: en 1675 recibiría el cargo de virrey de Nápoles.

Aquel año de 1675, en el que el seis de noviembre Carlos II cumpliría 14 años, estuvo marcado por las esperanzas y los intentos de instrumentalizar la voluntad del joven rey. Adolescente, moldeable, con atisbos de rebeldía, Carlos II comenzó a dar muestras de querer desprenderse del círculo femenino en el que había estado envuelto a lo largo de toda su infancia. Nobles descontentos se percataron de la oportunidad que se les brindada: derrocar a la regente y su grupo de poder y obtener de la mano de un rey mayor nuevas prebendas y mercedes

<sup>82</sup> Espacio reservado para altas personalidades políticas. AGP, Reinados, Luis I, Exp. 4.

<sup>83</sup> ÖStA, FA Harrach Handschriften, *Harrach Tagebuch*, Kt. 6/1: 19 de noviembre de 1674, pp. 263v-264. Harrach y la condesa de Eril conversaron en el cuarto de la camarera mayor hasta las nueve.

<sup>84</sup> V. Sánchez Ramos, “El poder de una mujer en la corte...”, p. 42.

<sup>85</sup> ÖStA, FA Harrach Handschriften, *Harrach Tagebuch*, Kt. 6/1: 28 de noviembre de 1674, p. 272v. La condesa de Harrach fue a visitar a la reina y ésta le comentó las ambiciones frustradas del aya.

que favorecerían su reinstalación en los escalones más altos del poder cortesano. Ni la camarera mayor, ni el aya, ni la astuta doña Leonor de Velasco serían ajenas a los cambios que acontecieron en la personalidad del monarca en los meses previos a la mayoría de edad, pues dos conspiraciones con un mismo fin (expulsar al nuevo favorito de la reina, Valenzuela) se fraguaron en la corte: el conde de Medellín y el de Talara, bajo las órdenes de don Pascual de Aragón y de don Juan José, conquistaron la voluntad del impresionable monarca a través de dos frustrados agentes cortesanos ávidos de prebendas y desafectos al reparto de gracias de la regente: el maestro y el confesor del rey, Ramos del Manzano y Álvarez de Montenegro respectivamente.

El aya distaba de comulgar con el nuevo valido de la reina, Valenzuela, hidalgo de orígenes oscuros que desde 1673, ejercía el codiciado puesto de caballero mayor de la regente, cargo que compatibilizaba con el de conductor de embajadores y con una encomienda en la orden de Santiago. Odiado por grandes y desacomodados, Valenzuela se ganó la animadversión de las tres mujeres de la corte: Una expresión que se manifestaría de diferentes maneras: la camarera mayor se refugiaría en la confianza de la reina, el aya apoyaría si no activamente, sí “espiritualmente” la conspiración del conde de Medellín y del cardenal de Aragón, a la postre, parientes suyos y potenciales beneficiadores de su vástago, y doña Leonor acogería con regocijo el plausible retorno de don Juan a la corte si, al final, el joven monarca sucumbía a los encantos de la trama urdida por los desafectos cortesanos. Don Carlos, sorprendentemente, se reveló como un ejemplar guardián de secretos: ocultó a su madre la intriga y el día de su cumpleaños apareció en la corte, por expresa petición suya, su hermanastro don Juan. Niño inmaduro, incapaz de mantener sus decisiones, don Carlos, tras recibir una buena reprimenda de su madre y del duque de Alburquerque<sup>86</sup> (su mayordomo mayor) mandó a don Juan salir inmediatamente de Madrid unas horas después de haberlo recibido cariñosamente. El inmaduro Carlos, temeroso, incluso había pedido ayuda a su madre para expulsar de los aposentos reales a su hermanastro; un gesto de cobardía al que doña Mariana replicó con estas palabras: “no hijo, tu lo has llamado, tu has también de mandar que se vuelva”<sup>87</sup>. “Me serviréis mejor en Nápoles” fue la excusa rápida y avergonzada que el jovencísimo rey presentó a un don Juan

<sup>86</sup> ÖStA, FA Harrach Handschriften, *Harrach Tagebuch*, Kt. 6/1: 6 de noviembre de 1675, pp. 395-395v y 396.

<sup>87</sup> *Ibidem*, p. 396v.

humillado y derrotado, una vez más, por la autoridad de la regente y la veleidosa voluntad de un rey de palabra fácil y revelada debilidad. Al día siguiente, don Carlos ratificó la prolongación de la regencia aconsejado por su madre y el presidente del consejo de Castilla, el conde de Villaumbrosa, otro puntal de la familia del aya en el entramado institucional de gobierno. Valenzuela fue enviado a Granada como gobernador para calmar los ánimos en la corte y dar visos de realidad a la “potestad absoluta” del recién estrenado rey. Mientras, los desacomodados, desilusionados, comenzaron a idear otras formas de hacer valer sus derechos: propaganda y conspiración fueron las dos vías a través de las cuales se empezaron a canalizar los odios hacia reina y favorito, “carceleros” del rey-niño, rígidos escudos que impedían con sus artes maternas y persuasivas el acceso a la única voluntad que podía cumplir sus aspiraciones. Papelones, discursos y demás sátiras en las que Carlos aparecía como un rey-niño “hechizado” y “encarcelado” por madre sibilina y advenedizo indigno fueron distribuidos por la villa de Madrid con la intención de convencer a la opinión pública de la época de la necesaria intervención –fuera ésta pacífica o violenta– en el gobierno, de una nobleza de sangre herida en su orgullo por el nuevo sistema de repartición de la gracia implantado por una regente que se había auto-prorrogado en sus funciones con el consentimiento de un rey “mayor de edad” pero sin voluntad.

Don Juan, refugiado en Zaragoza donde según sus allegados pasaba largas horas enfrascado en su laboratorio, debió rumiar su derrota con la amarga desilusión del mal perdedor y, cómo no, con afán de venganza; por lo que seguramente, mientras en sus alambiques se fraguaban apolíticos experimentos científicos, en su mente bullirían un conglomerado de fórmulas que desprenderían un evidente humo político: Desde la primavera de 1677, don Juan comenzó a mantener contactos secretos con importantes figuras de la corte cada vez más convencidas de la necesidad de un cambio en el gobierno (el conde de Villaumbrosa) y con pivotes desacomodados alejados de la corte de la regente (don Pascual de Aragón). En los meses de verano, los nobles desacomodados, divididos en la forma en la que se había que acometer el cambio de poderes, debatieron a través del intercambio de cartas anónimas y secretísimas, el uso o no de la violencia en su único objetivo: expulsar a Valenzuela y alejar a la reina madre de Carlos II<sup>88</sup>.

<sup>88</sup> Para más información de esta conspiración véase L. Oliván Santaliestra, “Intrigas políticas y propagandas satíricas: El conflictivo estreno de la mayoría de edad de Carlos II (1675-1676)”, en *Actas de la IX Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna*, en prensa.



Los nobles cortesanos, convencidos del inevitable cambio pero temerosos de perder sus relevantes puestos, defendían la vía pacífica, el convencimiento de la voluntad del monarca a través de confesores y demás personajes influyentes en la conciencia del monarca..., por el contrario, aquellos a los que la fortuna no les había sonreído en el escabroso camino de la regencia (entre ellos don Juan) se mantuvieron firmes en el uso de la violencia para arrancar las malas hierbas que nublaban el ánimo y la mirada del joven monarca. Entre los conspiradores estaban importantes miembros de la familia del aya: don Pascual de Aragón y el conde de Villaumbrosa, el presidente del Consejo de Castilla que pocos meses antes había intentado convencer al rey de la necesidad de obedecer a su madre; quizás el aya debe encuadrarse en este cambio de miradas, similar al experimentado por el conde de Villaumbrosa, antaño fiel a la regente y ogaño defensor de un justificado traspaso de poderes... el aya, seguramente simpatizante aunque no cómplice de los nobles que desde la corte conspiraban para “liberar” al rey, debió esperar con intranquilidad la resolución de otro conflicto que probablemente –pensaría– volvería a ponerle en la cuerda floja del circo cortesano.

El cruce de misivas secretas, más o menos fructuoso, se interrumpió bruscamente ante los acontecimientos que terminarían por precipitar un final al que hubieron de adaptarse con inesperada rapidez, acomodados y desacomodados, cortesanos y desterrados, y –por supuesto– nuestra aya, camarera y dama. El detonante que agotó la paciencia de los grandes fue el ascenso de Valenzuela a grande de España: un día cualquiera de septiembre, Carlos II, durante sus ejercicios de caza, disparó varios tiros al aire para celebrar el abatimiento de una pieza, con tal mala fortuna que alcanzó una pierna de Valenzuela. Azorado, el monarca quiso arreglar el desaguisado y ante la estupefacción de los nobles testigos del suceso, Carlos II ordenó a Valenzuela, marqués de Villasierra, que se cubriese, acto seguido lo nombró grande de España<sup>89</sup>. La humillación de la grandeza fue general y los síntomas de rebelión no tardaron en manifestarse: la huelga de los grandes (así calificada por Álvarez-Ossorio a la negativa de los grandes cumplir con sus oficios públicos<sup>90</sup>) declarada en los actos previos al

<sup>89</sup> G. Maura, *Carlos II y su Corte*, II, pp. 293-294.

<sup>90</sup> A. Álvarez-Ossorio Alvariño, “Ceremonial de la majestad y protesta aristocrática: La Capilla Real en la Corte de Carlos II”, en B. García García y J.J. Carreras Ares (eds.), *La capilla real de los Austrias: música y ritual de corte en la Europa moderna*, Madrid 2001, pp. 345-410.

cumpleaños del monarca (del cuatro al seis de noviembre de 1677), hicieron temer a la reina el peor desenlace posible. En diciembre don Juan José y su ejército se presentaron en Madrid dispuestos a derrocar al gobierno de regente y valido. Un conjunto de nobles, partidarios del golpe de Estado de don Juan José, firmaron el famoso *Manifiesto de los grandes* por el cual se comprometían a apoyar a don Juan José en la causa que no era otra que:

separar totalmente y para siempre de la cercanía de SM a la Reina su madre, aprisionar a D. Fernando Valenzuela y establecer y conservar la persona del Sr. don Juan al lado de SM [...] <sup>91</sup>.

Curiosamente, los antaño “cortesanos partidarios de la vía pacífica” que habían intercambiado cartas secretas en los tórridos meses de julio y agosto, no firmaron aquel documento que podía comprometerles en un futuro no muy lejano... astuta decisión propia de los sujetos “más finos” del veleidoso mundo cortesano. Ni Medinaceli ni Oropesa suscribirían el documento... los años demostrarían este acierto <sup>92</sup>.

Valenzuela, fugitivo, se refugió en el Escorial en la navidad de 1677. Poco pudo hacer por su dignidad: acogido al amparo eclesiástico, fue apresado por el duque de Medinasidonia y don Antonio de Toledo, que violaron este privilegio sin miedo a la excomunió <sup>93</sup>. El destierro le esperaba, al igual que a la reina, que quedó encerrada en el Alcázar a la espera de recibir órdenes de su hijo.

Pero ¿cómo vivieron estas tres mujeres estos acontecimientos? Su grado de implicación no es difícil de adivinar pero sí de justificar... El aya decidió, aunque en el último momento, rendirse a don Juan; la camarera, no dudó en seguir

<sup>91</sup> Suscribieron este documento redactado por el marqués de Falces los siguientes miembros de la nobleza: El duque de Alba, el duque de Osuna, el marqués de Falces, el conde de Altamira, el duque de Medina Sidonia, el duque de Uceda, el duque de Pastrana, el duque de Camiña, el duque de Veragua, don Antonio de Toledo, don Juan, el duque de Gandía, el duque de Híjar, el conde de Benavente, el conde de Monterrey, el marqués de Liche, el duque de Arcos, el marqués de Leganés, el marqués de Villena, la duquesa del Infantado, la duquesa de Terranova, la condesa de Oñate, la condesa de Lemos, y la condesa de Monterrey. G. Maura, *Carlos II y su Corte*, II, pp. 298-300.

<sup>92</sup> Primero Medinaceli y después Oropesa ocuparon el puesto de primer ministro durante el reinado de Carlos II, tras el fallecimiento de don Juan y la vuelta de la reina madre a Madrid (1680-1699).

<sup>93</sup> J. Contreras, *Carlos II El Hechizado...*, p. 155.

fiel a su señora defendiéndola hasta el final; y Leonor de Velasco, la eterna rebelde, sin sorpresas, acogió con alegría la nueva etapa que comenzaba ese turbulento invierno de 1677. Las tres posiciones quedaron claras a lo largo del mes de enero.

*Ambiciones, retiros y acomodos (1677-1696)*

Don Juan, antes de hacer su entrada triunfal en Madrid a finales de enero de 1677, inició toda una campaña encaminada desprestigiar a la reina madre y a cercarla cada vez más en su reducido círculo del Alcázar. Aislada, quejumbrosa y con sus acostumbradas jaquecas ahora acentuadas por el disgusto<sup>94</sup>, doña Mariana tenía pocos recursos para defenderse; sólo sus más fieles cortesanos intentaron “salvar” a su señora, abandonada a su suerte incluso por su hermano el emperador, que únicamente procuraba guardar las apariencias mandando correos en los que pedía que se mantuviera en todo momento el decoro y la dignidad de su desdichada hermana. El conde de Harrach, el diplomático imperial, sabía que la posición de la reina corría peligro y comenzó en ese gélido mes de enero sus negociaciones para protegerla de las represalias que se fraguaban en el Retiro. Entre la desesperanza de una reina abandonada por todos pero hermana de su amo y la inminente llegada de don Juan respaldada por los principales linajes de la monarquía que tenían de su parte al rey adolescente, Harrach trató difícilmente de mantenerse en su papel de mediador pidiendo en sus visitas a palacio que se tratara con “fineza” a la reina<sup>95</sup>. A través de conversaciones cruzadas e informaciones arrancadas, el conde de Harrach iba enterándose de lo que ocurría... por pasillos se atrevió a preguntar si iban a dar garrote a Valenzuela<sup>96</sup> ... porque él, como protector de la reina y sus servidores, deseaba que el marqués de Villasierra quedara en libertad y así se lo hizo saber al rey<sup>97</sup>. El aya, la camarera

<sup>94</sup> ÖStA, FA Harrach Handschriften, *Harrach Tagebuch*, Kt. 6/2. Notas sobre las jaquecas de la reina: 10 de enero de 1677, p. 192; 14 de enero de 1677, p. 199; 25 de enero, p. 214; 23 de enero, p. 210; 5 de febrero. p. 226 y 24 de febrero 1677, p. 235v.

<sup>95</sup> *Ibidem*, Madrid 8 de enero de 1677, p. 189v (se lo pide al Almirante); p. 199. Pide al cardenal que trate con decoro a la reina, 13 de enero de 1677.

<sup>96</sup> *Ibidem*, p. 190v.

<sup>97</sup> *Ibidem*, 11 de enero de 1677, p. 197v.

y la dama Leonor de Velasco, con sus claros movimientos, dieron suficientes pruebas a la soberana y su círculo de sus respectivas posiciones en el conflicto de poderes. Fernando de Harrach, fue uno de los confidentes de la reina que antes se percató de la grave situación de la reina y de las fidelidades perdidas de sus antiguas servidoras. Gestos, excusas y ademanes calculados dieron las pistas al por entonces más espía que diplomático conde de Harrach que, asombrado y consternado, se preparó para vivir los acontecimientos del cambio de gobierno: El cinco de enero, Harrach, intentó hablar con la marquesa de los Vélez, el aya, sin embargo ésta se disculpó argumentando que tenía que ir a palacio<sup>98</sup>, evitando así una comprometedor conversación con el embajador imperial. El conde de Harrach corroboró desde ese instante, con aquella excusa masculada entre prisas, que el aya estaba de parte de don Juan, mala noticia para la reina que tantos años había confiado en las manos de aquella señora para cuidar de su hijo. El quince de enero Harrach volvió a solicitar delante de todos los grandes el mantenimiento del decoro de la reina<sup>99</sup>, inútil intento: el cardenal, en privado, iniciando su discurso con estas palabras: “conde es posible que no quiera comprender esto”<sup>100</sup>, comunicó a Harrach que si la reina se quedaba podía haber una rebelión en el pueblo, no existía por tanto otra alternativa que llevarla a Toledo para mantener la autoridad y el respeto<sup>101</sup>. Harrach no quería dar esa noticia a la reina; el treinta de enero, doña Mariana mandó llamar a Harrach y le comunicó que el día anterior había estado el cardenal con ella para anunciarle que debía salir de la corte, que si se quedaba más tiempo el rey se vería obligado a expulsarla por la fuerza y que si quería mantener el decoro era mejor que se fuera por su propia voluntad<sup>102</sup>; impotente ante tales “recomendaciones” doña Mariana comunicó al embajador que deseaba saber qué opinaba el emperador con respecto a su expulsión de la corte<sup>103</sup>. Al día siguiente, treinta y uno de enero, el conde de Harrach y el conde de Trautson, en audiencia con el cardenal, observaron con estupor cómo se planteaba la posibilidad de enviar a la reina no

<sup>98</sup> *Ibidem*, 5 de enero, p. 188v.

<sup>99</sup> *Ibidem*, 15 de enero de 1677, p. 200v.

<sup>100</sup> *Ibidem*, 15 de enero de 1677, p. 202.

<sup>101</sup> *Ibidem*, 30 de enero de 1677, p. 216.

<sup>102</sup> *Ibidem*, 30 de enero de 1677, p. 216.

<sup>103</sup> *Ibidem*, p. 216v.

sólo lejos de la corte, a Toledo o Aranjuez, sino nada más y nada menos que a Alemania <sup>104</sup>, a un monasterio cercano a Viena. Don Pascual de Aragón, el flamante cardenal, les explicó que don Juan temía que la reina le asesinara, pues según le habían informado, la regia señora tenía una pistola que no dudaría en utilizar si éste se presentaba en persona en su antecámara. Tras este relato, el conde de Trautson se echó a reír ante lo que le pareció una absurda suposición que no lo debía ser tanto para el cardenal, que contestó a las risas del embajador extraordinario con esta frase: “no no v.e. no conoce a la Reyna” <sup>105</sup>, sugiriendo quizás que doña Mariana era capaz de asesinar a don Juan.

El príncipe bastardo, temeroso, ya había tomado precauciones con respecto a las apariciones públicas de la reina: el tres de febrero, día de la procesión de San Blas, acto religioso en el que doña Mariana tenía un lugar destacado, don Juan prohibió a la regia señora salir de sus aposentos. Fue esta una orden previsible, dadas las circunstancias; pero suponemos nada compartida por la reina. Dos días más tarde, el cinco de febrero, el conde de Harrach anotó en su diario las palabras que la camarera mayor dirigió al secretario del rey don Jerónimo de Egía protestando por el trato dado a la reina y por la intención que tenía don Juan de alejar a su señora de la corte de Madrid. Así ocurrió: aquella tarde el conde de Harrach, después de haber estado con el cardenal de Aragón, se dirigió al Alcázar a la antecámara de la reina; la camarera mayor le recibió a las cuatro de la tarde: le había hecho llamar para que contribuyera, en su calidad de embajador y portavoz del emperador, a que la reina se quedara en el Retiro y no fuera a Alcalá. Ella misma había comunicado esta petición al cardenal de Aragón y la respuesta había sido la visita del secretario del rey, don Jerónimo de Egía, que le había expresado el supuesto sentir del rey, compartido por don Juan y el cardenal: “*das sie ni[ch]t in diese Sachen mische*” <sup>106</sup>... ante esta amonestación ella le había respondido a don Jerónimo de Egía lo siguiente:

que su Magestad se debe de contentar que la Reyna haya dejado el [gobier]no, y retirándose de todo, que si no la quiere consigo en palacio hay está el buen retiro, y no Alcalá que [es] lugar mal sano, abierto, del Arçobispo y del [todo] inconveniente por los estudiantes y mil otras raz[ones]

<sup>104</sup> *Ibidem*, “dilema [...] o bien en España, o yra Alemania”, 31 de enero de 1677, p. 218.

<sup>105</sup> *Ibidem*, p. 218.

<sup>106</sup> *Ibidem*, 5 de febrero de 1677, p. 224: “que ella no se mezclara en esas cosas”.

que si Su Magestad es buen hijo de su madre debe venir [a palacio] a besarla la mano, y llevarla el mismo al retiro <sup>107</sup>

El embajador imperial le expresó acto seguido que le daba la razón en todo y que le ayudaría gustosamente a la causa. A las siete de la tarde llegó el cardenal de Aragón a la antecámara de la reina, allí se encontró con el conde de Harrach y ambos iniciaron una conversación que duró en torno a las dos horas: en el transcurso de la misma, Harrach comunicó al cardenal las preocupaciones de la camarera: la trascripción de las palabras de aquella señora alteraron a don Pascual, que hubo de justificarse ante el conde; al parecer el cardenal ya le había dicho a la camarera que no se metiera en aquellas diatribas y le comunicó al conde de Harrach que ella no comprendía nada <sup>108</sup>. Éste, que sí creía capaz al cardenal de hacer realidad aquellas sospechas que albergaba la camarera <sup>109</sup>, se atrevió a preguntarle por qué quería enviar a la reina a Alcalá cuando ésta podía quedarse en el Retiro, el cardenal respondió que allí no podía mantener su decoro... Harrach no pudo terminar con calma la conversación con el cardenal; su insistencia en el mantenimiento de la dignidad de la reina provocó esta contestación de un –suponemos– enfurecido cardenal de Toledo: “que más decoro quiere la Reyna de que la acompañe un Cardenal de Aragón, Arçobispo de Toledo, y hijo del Duque de Segorbe” <sup>110</sup>. El conde de Harrach, entonces, le increpó preguntándole quién le enviaba: “nadie me embía, yo mismo y de mí mismo me voy con la Reyna” <sup>111</sup>, a lo que Harrach, cansado de mediar por una causa perdida contestó:

pues vaya [con] vuestra eminencia e enhorabuena y lleve a la Reyna adonde quisiere que no quiero saber nada de todo esto, que bien me pesa de hallarme ahora en España, haciendo tan poca figura, que no se trata conmigo nada, ni se habla, ni se quiere que yo hable de nada <sup>112</sup>,

el cardenal replicó, suponemos, despertando la cólera y aireando la humillación de Harrach: “ve. Hace más bien callando, que no hablando diziere Machiavelli,

<sup>107</sup> *Ibidem*, 31 de enero de 1677, p. 224v.

<sup>108</sup> *Ibidem*, “*sie verstehe die Sach nicht*”.

<sup>109</sup> *Ibidem*, “*Ich habe Ihme wollen capace machen*”.

<sup>110</sup> *Ibidem*, p. 224v.

<sup>111</sup> *Ibidem*, 5 de febrero de 1677, p. 225.

<sup>112</sup> *Ibidem*, 5 de febrero de 1677, p. 225.

que no haziendo nada, y estándose quieto haze [mucho] y más, que si obrara”. Harrach contestó: “si no he de [hazer] nada, no tiene que tener Embajador su Magestad Cesárea, y que [qual]quier palo o legno puede representar mi carácter”<sup>113</sup>. La discusión entre Harrach y el cardenal, motivada por el contundente comentario de la camarera mayor, nada pudo arreglar...

Con poca credibilidad y sin esperanza, el conde siguió manteniendo la causa de la reina teniendo como aliada a la camarera mayor, que aprovecharía cualquier oportunidad para expresarle su opinión sobre el exilio obligado de la reina: el quince de febrero, en una de sus visitas habituales a la reina, el conde de Harrach se comunicó con la camarera mayor, la cual según suscribe el diplomático en su diario, volvió a reiterarle su opinión de que la reina no debía salir de allí<sup>114</sup>.

Doña Mariana se resistió a admitir su derrota y argumentando que en el testamento de su difunto esposo no se le espetaba a salir de la corte con tal violencia, exigió por escrito a su hijo que la mantuviera en Madrid, a su vera, pero Carlos II, envalentonado por la carismática sombra del su ahora más hermano que hermanastro don Juan, respondió con contundencia lo siguiente:

Señora: Si lo que VM me dice no lo expresa el testamento del Rey, mi señor y mi padre, tampoco dice que a mí me lleven preso al Alcázar de Segovia, como lo tenían trazado, con sabiduría y asenso de VM; y así, respecto de esto, conviene que VM disponga su jornada cuanto antes<sup>115</sup>.

Tras recibir tan triste misiva inspirada por el celo de don Juan pero cuya caligrafía dejaba clara la mano autora de la misma (la de su hijo), la reina perdió toda esperanza de reconciliación materno-filial y comenzó a preparar su exilio obligado ordenando baúles, rescatando viejos enseres y revolviendo entre recuerdos más amargos que felices<sup>116</sup>. Durante veintiocho largos años<sup>117</sup>, toda su

<sup>113</sup> *Ibidem*, 5 de febrero de 1677, p. 225v.

<sup>114</sup> *Ibidem*, “*spater ich habe auch mit den camarera mayor geredt, sie auch den meinung [...] die konigin solle von hier nit gehen*”, p. 231v.

<sup>115</sup> G. Maura, *Carlos II y su Corte*, II, p. 356. Esta misiva llegó a manos de la reina el 17 de febrero de 1677.

<sup>116</sup> G. Maura, *Carlos II y su Corte*, II, p. 356.

<sup>117</sup> El conde de Harrach anota los años que la reina había residido en el Alcázar y la amargura de ésta al tener que abandonar Madrid de aquella manera.

juventud y gran parte de una madurez fraguada a golpe de jaquecas y gobiernos, la reina había habitado aquel palacio que ahora se veía forzada a abandonar por ordenanza expresa de su propio vástago. Compungida, enfadada y con humildad poco acostumbrada, la reina quiso que los miembros de su Casa eligieran entre las dos opciones que se les presentaban: quedarse en la corte o acompañarla a Toledo <sup>118</sup>.

La Casa de doña Mariana quedó entonces dividida con no pocas sorpresas por la notoriedad de unas ausencias en cierto modo ya anunciadas: el aya, su más fiel amiga en los primeros años de la regencia, se quedó en Madrid y junto a ella la díscola doña Leonor de Velasco, la “amante política” de don Juan... ambas mujeres, desde hacía tiempo, venían secundado los movimientos de los descontentos; una actitud que no se había percibido tan clara en otras damas que se habían mostrado más bien cercanas al sentimiento político de la reina y que sólo a última hora habían revelado su verdadera identidad en la diatriba de poderes: la condesa de Eril, ex-camarera mayor de la tan amada hija de la reina, la emperatriz Margarita, se quitó la máscara en el baile de disfraces del invierno de 1677: apoyó a don Juan abandonando a la reina; serían sus redes familiares las que primarían sobre los lazos de amistad contraídos con doña Mariana y su difunta hija... una razón muy comprensible; no obstante, este cambio de pareceres no dejó de sorprender a muchos, entre ellos, al conde de Harrach que tanto había confiado en ella en los primeros meses de su embajada en Madrid.

La reina, a pesar de estas sentidas como traiciones, tuvo la seguridad de que partía hacia Toledo con sus más fieles servidores, entre los que se encontraban <sup>119</sup>: la camarera mayor, la marquesa de Villanueva de la Balduenza, que con tanto ahínco había luchado porque su ama permaneciera en Madrid; las dueñas de honor, antiguas “compañeras” en Viena de la condesa de Eril: doña Leonor Fajardo y la marquesa de Lanzarote; la dama Francisca Manrique, antaño amiga de doña Leonor de Velasco y del ya licenciado conde de Pötting; el médico de cámara Gavino Farina, antiguo servidor del VII duque

<sup>118</sup> ÖStA, FA Harrach Handschriften, *Harrach Tagebuch*, Kt. 6/2: “die konigin habe alle Ihme bedienten fragen lass, war mit Ihr naher Alcalá gehen, oder hier bleiben wollen”, p. 221: 2 de febrero de 1677.

<sup>119</sup> Casa de la reina en Toledo. Véase documentación del AGP, Reinados, Carlos II, Caja 118, Exp. 1



de Montalto <sup>120</sup>; y el gracioso Nicolasio Pertusato, el enanito magistralmente inmortalizado por Velázquez en *Las Meninas*, personaje que disfrutaba del máximo favor de la reina, a la que al parecer el bufoncillo correspondía con gran cariño y admiración. Muchos más siguieron a doña Mariana en su exilio... otro personaje remarcable fue el marqués de Mancera, el afable mayordomo mayor de la reina, que aceptó con pasmosa e inusitada naturalidad la superioridad en funciones de la camarera mayor doña Elvira en unos momentos en los que la reina había perdido el gobierno y en los que por tanto, él, como mayordomo mayor, habría podido exigir el restablecimiento de sus privilegios. Haciendo de la costumbre ley, en un mundo donde las etiquetas se modelaban en función de las necesidades impuestas, el marqués de Mancera se dedicaría en Toledo a sustituir a la camarera sólo en los momentos en los que la vetusta dama se encontrara indispueta.

Como último recurso, la camarera mayor y el conde de Harrach recurrieron al argumento de la enfermedad para evitar la salida de la reina madre de la corte. El 25 de febrero, doña Mariana, junto con la camarera mayor, volvieron a reiterar a Harrach la necesidad de seguir haciendo presión en el Retiro para evitar su partida hacia Alcalá <sup>121</sup>, casualmente, ese mismo día don Juan fue objetivo de unos carabinazos que unos desconocidos le dirigieron tras su visita a las

<sup>120</sup> AGP, Reinados, Carlos II, Caja 117, Exp. 2: Lista de los criados que le ha parecido señalar para yr sirviendo a VM a la ciudad de Toledo. Grefier Francisco Muñoz y Gamboa, bureo de su majestad. 25 de febrero de 1677. “el dr. Gavino Farina Ydem. [Médico de Cámara]”. Gavino Farina aparece en todas las plantas de criados referentes a la servidumbre de la reina en Toledo, fue por tanto fiel servidor de la reina que lo conservaría como médico de cámara tras su vuelta a Madrid (*Por resolución a consulta de treynta y uno del pasado en que propuse a la Reyna Nuestra Señora las dudas que se ofrecian sobre la nueva planta desta su real cassa que se formo en le Buen Retiro recien llegada Su Magestad de Toledo...* El doctor Gavino Farina, médico de cámara). Gavino Farina murió después que la reina, por lo que se puede asegurar que la asistió en sus últimos momentos (Véase fuente citada apartados: *Memoria de los criados que han fallecido desde que murió la Reyna nuestra señora (que está en gloria)*). Rafaela Pilo sugiere que el duque de Montalto colocó a Farina en la corte para que controlara los movimientos tanto de Mariana de Austria como de Carlos II. Sobre Gavino Farina: Rafaela Pilo, “Entre tradición e innovación en la corte de los últimos Austrias: las fuentes científico-filosóficas en las obras médicas de Gavino Farina”, *Actas de la IX Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna*, en prensa.

<sup>121</sup> ÖStA, FA Harrach Handschriften, *Harrach Tagebuch*, Kt. 6/2: 25 de febrero de 1677, p. 236v.

Descalzas Reales. Todas las sospechas por tal atentado que no dejó víctimas se dirigieron hacia doña Mariana y su círculo femenino del monasterio, supuestamente a su favor. Sin duda Harrach recordaría las palabras del cardenal, que en presencia del conde de Trautson afirmó que la reina podía atentar contra don Juan... Al día siguiente Harrach, sin mencionar aquel incidente, comunicó al rey y al príncipe bastardo que la camarera mayor doña Elvira Ponce de León le había advertido que la reina estaba enferma: sus jaquecas habían aumentado y su salida camino de Aranjuez podía agravar su estado de salud, por lo que solicitaba al rey que velara por el buen estado de su madre y evitara aquella jornada <sup>122</sup>, o al menos que la retrasara hasta que mejorara el tiempo. El rey, al día siguiente, comunicó al conde de que cuidaría de la salud de doña Mariana: “os aseguro que cuydaré mucho por la salud de la Reyna mi madre” <sup>123</sup>, no obstante en ningún momento retiró las órdenes de expulsarla de la corte. La enfermedad de la reina siguió actuando los días siguientes como asunto diplomático, por de pronto, logró convencer al rey de la necesidad de un paréntesis en sus planes de su pronta salida del Alcázar. Harrach insistió en que la reina madre había tenido cuatro jaquecas en cinco días <sup>124</sup>, ... el argumento de la enfermedad transmitido por la camarera a Harrach podría haber funcionado pero finalmente no lo hizo. La reina tuvo que salir, afortunadamente para ella, hacia Aranjuez y Toledo y no hacia Alemania, destino que se había barajado con sorprendente seriedad.

El mes de marzo lo pasó la reina en Aranjuez, y despuntado el mes de abril tuvo que salir apresurada de aquel palacio por la inminente llegada de su hijo y don Juan para pasar las acostumbradas jornadas primaverales. El temporal de lluvias que dejó los caminos impracticables tampoco impidió que se cumplieran las órdenes enviadas desde Madrid que no eran otras que la salida rápida de la reina y su corte hacia el Alcázar de Toledo, ya acondicionado para acoger con “el decoro exigible” a la reina madre.

El conde de Harrach, embajador imperial fue casi el único enlace de la reina madre con la corte de Madrid. Don Fernando mantuvo una fluida correspondencia con doña Mariana, la cual respondía a sus misivas con una caligrafía

<sup>122</sup> *Ibidem*, 26 de febrero de 1677, p. 237v.

<sup>123</sup> *Ibidem*, 27 de febrero, p. 238v.

<sup>124</sup> *Ibidem*, p. 240v.

temblorosa que dejaba traslucir su poco disimulado desánimo <sup>125</sup>: El rencor guardado hacia don Juan, que quería reducir sus gastos en Toledo, la tristeza –hasta no sé sabe qué punto– de carácter político de no poder comunicarse con su hijo, sus desvelos por su salud, sentimientos y andanzas, su preocupación por la política exterior de la monarquía engarzada en aquellos momentos en la guerra con las Provincias Unidas, y las negociaciones de la boda real... son los temas que se van desgranando en estas cartas, llenas de temores y odios pero también de confianza extrema en su destinatario, el conde de Harrach, hábil diplomático, que para estar bien informado siguió manteniendo buenos contactos en la corte de Madrid; y entre estas fuentes de información estaban, como no podía ser de otro modo, la dama Leonor de Velasco, el aya y la condesa de Eril... De Toledo a Madrid y de Madrid a Toledo, don Fernando de Harrach, siempre fiel a la reina y devotísimo de su camarera, no renunció a introducirse en las galerías de palacio para conversar con doña Leonor, una buena representante de las damas que habían decidido ampararse en el nuevo ministerio de don Juan. Así, el 29 de abril de 1677, el conde se acercó a palacio (previamente había visitado a la duquesa de Nájera, la marquesa de los Vélez y a la condesa de Paredes, esta última prima de doña Leonor <sup>126</sup>) donde fue bien recibido. Acompañado por el nuevo guardadamas Nicolás de Velasco <sup>127</sup>, fue conducido hasta doña Leonor de Velasco. El diplomático escribe en su diario sus impresiones al ver a la dama, de pasada juventud, bastante canosa: “*sie ist schon ganz grau*” <sup>128</sup>, y sigue relatando cómo él le comunicó su extrañeza por el rendimiento de la condesa de Eril al credo de don Juan: “*die condesa de Eril [...] so ganz Don Juanis*” <sup>129</sup>, tratando de adivinar por qué una parte de las damas de palacio se habían apartado de la reina: “*die anders so auf de [...] Königin seiten...*” <sup>130</sup>; por el gesto de doña Leonor, don Fernando se percató que estaba tocando un tema

<sup>125</sup> Las cartas de la reina al conde de Harrach escritas durante su exilio en Toledo se conservan en Viena en el archivo Harrach y han sido estudiadas en mi tesis doctoral: L. Oliván Santaliestra, *Mariana de Austria en la encrucijada política del siglo XVII...*, pp. 383-391.

<sup>126</sup> ÖStA, FA Harrach Handschriften, *Harrach Tagebuch*, Kt. 6/2: 29 abril 1677, p. 286v.

<sup>127</sup> Posible hermano bastardo de doña Leonor.

<sup>128</sup> ÖStA, FA Harrach Handschriften, *Harrach Tagebuch*, Kt. 6/2: 29 abril 1677, p. 286v.

<sup>129</sup> *Ibidem*, p. 286v.

<sup>130</sup> *Ibidem*, p. 286v.

delicado<sup>131</sup> sin embargo quiso mostrar su opinión al respecto<sup>132</sup>; adivinamos, nada favorable al abandono de estas mujeres de sus puestos al lado de la reina madre.

El trece de julio se produjo otro encuentro entre don Fernando y doña Leonor, esta vez, el diplomático fue conducido por la dama hasta el oratorio de las damas: un lugar, según relata en su diario, muy limpio y presidido por una imagen de la Virgen del Milagro. Nada desvela del contenido de su conversación ¿quizás banal entre dos personajes que poco se entendían, o demasiado sustanciosa para ser revelada en un diario más político que personal?<sup>133</sup>. No deja de sorprender la anotación del decorado de la estancia: una virgen del Milagro, imagen de la que doña Mariana había sido gran devota... ¿doña Leonor había mostrado a Harrach la imagen del milagro por algún motivo político? ¿Era aquello un signo de humillación o de imposición de poder? ¿Por qué doña Leonor había elegido como estancia para conversar con el diplomático el oratorio de las damas donde había una milagrosa? ¿Pura coincidencia o necesidad de realizar una afrenta política demostrando quién era ahora el vicario de la virgen del Milagro en el Alcázar? Sea como fuere lo cierto es que el príncipe bastardo, quiso sustituir a la reina madre en los actos de devoción de la Casa Habsburgo. La virgen del Milagro, que también era una tabla del siglo XVI que presidía el claustro del monasterio de las Descalzas Reales, actuaba como protectora y sanadora de la Casa Habsburgo en Madrid; tal era la devoción que Felipe IV sentía por la milagrosa que mandó ejecutar un estandarte con la imagen junto a las armas de la corona española. El estandarte era sacado en procesión por las Descalzas Reales el doce de julio de cada año; una cofradía de esta virgen se encargaba de portarlo. Ese día la iglesia de las Descalzas se decoraba con flores y se colocaba la obra en el altar, permaneciendo allí desde las nueve de la mañana hasta las ocho de la noche; después de la celebración de las misas pertinentes, la imagen era conducida de nuevo al claustro en medio de rezos y música. La procesión del estandarte se celebrara para concluir una novena instituida por la

<sup>131</sup> *Ibidem*, “*diese sachen fein...*”.

<sup>132</sup> *Ibidem*, “*alleweill wollen ich solle mein meinung sagen*”.

<sup>133</sup> Sobre el carácter político de los diarios de los diplomáticos imperiales en la corte de Madrid en el siglo XVII véase L. Oliván Santaliestra, “Pinceladas políticas, marcos cortesanos: el diario del conde Harrach, embajador imperial en la Corte de Madrid (1673-1677)”, en *Cultura escrita y sociedad* 3 (Gijón 2006), pp. 113-132.

propia doña Mariana de Austria en honor esta virgen tras habersele atribuido el milagro de la protección del saqueo pirata de una flota española. Esta novena que con tanta solemnidad había creado doña Mariana se celebraba del tres al once de julio e incluía misas que eran dedicadas a las principales fiestas marianas<sup>134</sup>. Curiosamente fue el trece de julio, un día después de la gran fiesta, procesión y fin de la novena de la virgen del Milagro, cuando doña Leonor de Velasco eligió como lugar de recibimiento del conde de Harrach el oratorio de las damas, presidido por la milagrosa. Quizás con este significativo gesto quiso indicar al conde de Harrach, el principal portavoz y enlace de doña Mariana en su exilio toledano, que el nuevo dueño del Alcázar, don Juan, había sustituido a la reina madre como vicario de la virgen del milagro, y por ende, de la *Pietas* de los Habsburgo; al ver a la milagrosa en el oratorio de las damas, Fernando de Harrach podía transmitir a la reina madre un mensaje político envenenado de propaganda religiosa: don Juan estaba borrando su impronta de reina Habsburgo y representante viva de la *Pietas* asociada a la dinastía desde su fundación en tiempos del conde Rodolfo. Don Juan, hermanastro del rey, vástago de Felipe IV, nuevo protector del rey Carlos II, nuevo tutor, ministro, hermanastro y representante quiso sustituir a doña Mariana en todas sus funciones, incluida la utilización de un arma política tan poderosa como la *Pietas*: en 1678, encargó a los pintores Francisco de Rizi, Juan Carreño y Dionisio Mantuano la redecoración de la capilla de la virgen del Milagro en las Descalzas Reales, en un intento de borrar la sombra que aún proyectaba doña Mariana en el convento... Convencido de la posibilidad de acabar con el “espíritu” de la reina madre en un monasterio donde las reinas Habsburgo habían encontrado siempre apoyo, protección y prestigio, don Juan colocaría su imagen junto a la de Carlos II en la capilla de la virgen del milagro ¿consiguió su objetivo? Posiblemente no, pues doña Mariana, en su encierro, seguiría comunicándose epistolarmente con la abadesa del convento, correspondencia que se acentuaría en 1678<sup>135</sup>, coincidiendo con el declive de don Juan José. Ni siquiera la posible influencia de su hija ilegítima,

<sup>134</sup> E. Goodman, “Conspicuous in Her Absence: Mariana of Austria, Juan José de Austria and the Representation of Her Power”, en T. Earenfight (ed.), *Queenship and Political Power in Medieval and Early Modern Spain*, Hampshire 2005, pp. 169-171.

<sup>135</sup> M<sup>a</sup> T. Muñoz Serrulla y K.M<sup>a</sup> Vilacoba Ramos, “Del Alcázar a las Descalzas Reales: Correspondencia entre reinas y religiosas en el ocaso de la dinastía de los Austrias”, en M<sup>a</sup> V. López-Cordón y G. Franco Rubio (coords.), *La Reina Isabel y las reinas de España: realidad, modelos e imagen historiográfica*, Madrid 2005, pp. 597-610.

sor Margarita, nacida de los amores napolitanos con la hija de “el españoletto”, monja profesa del convento, podría contribuir a instaurar política y religiosamente la imagen de su padre en el monasterio de Nuestra Señora de la Consolación, para consuelo de doña Mariana y desdicha de don Juan.

La camarera mayor, fiel confidente, continuó siendo la encargada de transferir el correo de doña Mariana. La doña Elvira y el conde de Harrach mantuvieron una fluida correspondencia en la que la camarera le informaba puntualmente de la salud de la reina (como en aquella ocasión en la que Mariana de Austria se rompió la nariz)<sup>136</sup> y de la entrega del correo a la misma<sup>137</sup>. El 21 de julio de 1677, la camarera mayor sufrió una indisposición y el diplomático, acompañado por el marqués de Mancera, acudió a visitar a la señora a su cuarto; después tuvo la oportunidad de compartir travesuras con Nicolasillo, el gentil bufón de doña Mariana, que le ofreció frutas, olivas y otras delicias, a cambio quizás de algún que otro favor político; pues Nicolasillo, ahora tan inocente y juguetón, había en otro tiempo favorecido a través del antecesor de Harrach en la embajada, a importantes personajes, como el padre custodio de Pavía, su tío, que había sido nombrado definidor general de su provincia gracias a su intermediación y no a la del emperador Leopoldo I, a la que el custodio había atribuido su ascenso. El conde de Pötting espetó en su momento al sorprendido tío:

Repliquéle claramente que lo había de atrivuir [su nombramiento] más a los oficios de su sobrino Nicolasillo, enano de Palacio, aunque no se había de publicar hacía más un enano que la Majestad Cesárea de un Monarca del Imperio<sup>138</sup>

y a continuación suscribió la expresión del padre al oír estas palabras: “quedóseme absorto”. Así era y había sido Nicolasillo... cercano a la fuente del poder, una fuente seca por la desgracia pero que podía volver a brotar como lo había hecho en aquel año de 1670 en el que un enanillo como él podía hacer más milagros que todo un emperador. El conde de Harrach, posiblemente recordando

<sup>136</sup> ÖStA, Harrach'schen Familien Archiv, Kt. 273. Cartas de Elvira Ponce de León al conde de Harrach, 10 abril 1677: “golpe que su majestad se a dado a las narices”.

<sup>137</sup> ÖStA, Harrach'schen Familien Archiv, Kt. 273. Cartas de Elvira Ponce de León al conde de Harrach.

<sup>138</sup> M. Nieto Nuño (ed.), *Diario del Conde de Pötting...*, 12 de junio de 1670, II, p. 122.

a Nicolasillo y sus gracias, volvió a Madrid con una sonrisa en el rostro, que pronto mutaría en el gesto serio que en aquellos meses tanto le debió caracterizar.

Y mientras la camarera sufría con sus pequeños achaques, Nicolasillo alegraba las largas horas del exilio de Toledo y la reina esperaba pacientemente las noticias de Madrid, don Juan disfrutaba de su triunfo en la corte: destierros, ascensos, compensaciones, reformas que pocos quisieron secundar... don Juan tuvo un ministerio turbulento basado en el cambio y la propaganda que tan bien había sabido manejar lejos del poder y que ahora, instaurado en el mismo, se le podía escapar de las manos...

Porque don Juan, el reputado rey de la propaganda política opositora al gobierno de la regente, hizo gala de su merecida fama utilizando la capilla real y los sermones pronunciados por los predicadores reales para reforzar y legitimar su nueva posición oficial en la monarquía<sup>139</sup>. Las acusaciones hacia el ministerio anterior capitaneado por una regente que había prorrogado sus funciones por la alegada inmadurez de su hijo, fueron vertidas sin contención por los nuevos predicadores seleccionados por un don Juan dispuesto a desprestigiar con el verbo y la palabra la figura que más influencia había ejercido sobre el rey adolescente. La capilla real fue uno de los lugares elegidos para sacralizar su recién estrenado gobierno, que no escatimó en insultos a la reina madre en una propaganda demoleadora cuajada de agudas acusaciones, vertidas con una desproporción que de la que incluso se percató el abúlico y melifluo Carlos II. El joven rey, alarmado por las malsonantes palabras que algunos predicadores dirigieron a su madre en los meses posteriores a su salida de la corte, solicitó al patriarca que adjudicara el sermón del día de santa Ana (26 de julio de 1677) a un sujeto de discurso moderado; éstas, según el testimonio del conde de Harrach, fueron las palabras que el monarca dirigió hacia el patriarca: “da el sermón del día de Santa Ana a uno que no diga disparates de mi madre, y sea un capuchino”<sup>140</sup>. El patriarca eligió al padre José de Madrid.

<sup>139</sup> A. Álvarez-Ossorio Alvariño, “Facciones cortesanas y arte del buen gobierno en los sermones predicados en la Capilla Real en tiempos de Carlos”, en *Criticón* 90 (Toulouse 2004), pp. 99-123, especialmente pp. 104-105. Véase también del mismo autor, “La sacralización de la dinastía en el púlpito de la Capilla Real en tiempos de Carlos II”, en *Criticón* 84-85 (Toulouse 2002), p. 321.

<sup>140</sup> ÖStA, FA Harrach Handschriften, *Harrach Tagebuch*, Kt. 6/2, p. 352: El patriarca eligió a fray Juan de Madrid.

En 1678, firmadas las paces de Nimega y apalabrado el compromiso nupcial de Carlos II con María Luisa de Orléans, comenzó el declive de don Juan: la política de destierros y de reformas practicada por el bastardo no convenció a los grandes, que no vieron sus expectativas cumplidas. Las mujeres de la corte que se habían quedado en Madrid apoyando a sus redes clientelares hubieron de adaptarse con rapidez a las nuevas circunstancias: una previsible retirada de don Juan y la firme alianza con la monarquía francesa.

Doña Leonor de Velasco, ante los cambios que ya se pergeñaban a principios de 1679: ¿se plegaría bajo la capa del condestable de castilla, pariente? ¿o bien se refugiaría lejos de la corte a la espera del curso de los nuevos acontecimientos? Poco se sabe de la dama durante los años 1678-79. La condesa de Aulnoy, en sus algo fantásticas memorias de su viaje por España, nos brinda con su pluma una estampa que más bien parece fruto de una imaginación desbordante y que tiene como protagonista a una dama llamada Leonor de Toledo (recordemos que en las fuentes vienesas, Leonor de Velasco es denominada también Leonor Álvarez de Toledo <sup>141</sup>), muy hermosa <sup>142</sup> y propietaria de tierras en Lerma; con esta misteriosa dama, la condesa de Aulnoy mantuvo una conversación –en la misma posada en la que se alojaba durante su viaje por tierras castellanas– sobre la nobleza en España, una plática en la que se percibe el conocimiento que la dicha doña Leonor tenía de la corte de Madrid, de la cual acababa de salir. Durante el transcurso de la misma, doña Leonor preguntó a la condesa si sabía quién había sido designado como nuevo embajador francés en Madrid, al responderle la condesa que no lo sabía, doña Leonor dijo lo siguiente:

No he podido saber quién es –añadió– antes de salir de Madrid, pero me atrevo a decir que no todo el mundo nos conviene. Deseamos que posea buenas cualidades personales y sea de gran linaje. Con trabajo aceptaremos el que un hombre de mérito y de una condición mediocre sea

<sup>141</sup> K. Keller, *Hofdamen...*, p. 328.

<sup>142</sup> Muy hermosa: “sus cabellos que eran negros y brillantes, estaban separados a uno y otro lado y formaban dos gruesas trenzas, que se unían por detrás con una tercera”. Esta descripción contrasta con la nota que del pelo de Leonor de Velasco nos brinda Harrach en su diario: a la altura de 1677 estaba bastante canosa. Aunque la condesa de Aulnoy también nos indica que su Leonor: “estaba enferma y sumamente fatigada”, pp. 66-67. J. García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Valladolid 1999, IV: *Relación del Viaje de España a su alteza real monseñor el duque de Chartres*, 9 de marzo de 1679, pp. 66-67.



revestido de una dignidad que lo eleva muy por encima de los demás, al representar a un gran monarca y que trata de su parte con el nuestro <sup>143</sup>.

¿Podrían haber sido estas las palabras que doña Leonor de Velasco habría pronunciado en marzo de 1679, fuera de la corte de Madrid, en pleno declive de don Juan y con pleno conocimiento de la próxima celebración de las bodas reales con María Luisa de Orléans? Nada despeja el misterio, sólo la alusión al parentesco de la dama que la misma condesa de Aulnoy añade en el siguiente párrafo: la dama era pariente de don Fernando de Toledo, que era sobrino de la marquesa de la Guarda y del conde de Medellín, hermano de ésta última. En su relato la condesa de Aulnoy asegura que la dama, Leonor de Toledo le había invitado a pasar unos días en una casa suya en Lerma... y doña Leonor de Velasco era señora de la villa de Roa y su tierra, de los valles de Cervera y Pernía, de Castrejón y Villalobón, y del estado de Agoncillo y casa de Medrano en la Rioja, territorios cercanos a Lerma ¿Algo más que una coincidencia?

Muerto don Juan por ironías del destino el 17 de septiembre de 1679, justo catorce años después de su padre, la reina volvió a Madrid. Acompañada de su hijo, hizo su entrada en la villa y corte entre aclamaciones y vítores. De nuevo, este acontecimiento, seguido por las bodas reales entre Carlos II y María Luisa de Orléans que ponían fin a la guerra con Francia, volvió a influir decisivamente en la vida de dama, aya y camarera. Esta nueva etapa inaugurada en los epígonos del gobierno de don Juan, se amoldaba ahora a los vientos traídos por reina madre y reina reinante.... Fácil es de adivinar el regocijo que embargaría a la camarera al ver a su señora entrar de nuevo en la corte, con tantos honores, pompa y boato <sup>144</sup>.

El aya, impaciente por ver a dónde llegaría su suerte, acogería con recelo ¿o quizás con arrepentimiento? la llegada de su vieja amiga la reina madre. Doña Engracia, tarda en reaccionar, se había decantado tardíamente a favor de don Juan, no había aprovechado bien las circunstancias, por ello su hijo había seguido alejado de la corte aunque, eso sí, conservando su puesto como virrey de Nápoles; otro viejo pariente y cliente, el conde de Villaumbrosa, había fallecido en 1678; y por otro lado, durante el ministerio de don Juan, había ido perdiendo

<sup>143</sup> *Ibidem*, p. 68.

<sup>144</sup> En 1679 su nuera, Manuela de Córdoba y Cardona, hija de los duques de Sesa, fue nombrada dama de la reina.

poco a poco la confianza con un rey adolescente que, deseoso de romper con el círculo femenino al que había estado atado por cordeles físicos y emocionales, escapaba de las damas, entre ellas el aya, por los pasillos de palacio. Ahora, el retorno de la reina madre, poco imaginable tres años atrás, sólo podía traerle desventuras.... sin embargo afortunadamente, para ella había alguna esperanza: la llegada de la reina María Luisa de Orléans le iba a beneficiar considerablemente; la marquesa de los Vélez se ganaría la confianza de la nueva soberana, y esto no era para menos, pues en el vientre de la nueva reina se iban a depositar todas las esperanzas de la dinastía.

Doña Leonor, a pesar de su apoyo a don Juan, debió de reconciliarse con la reina; quizás por su condescendencia y disposición a tratar con el conde de Harrach durante su exilio en Toledo, Fue nombrada por la reina dama de su Casa y siguió ejerciendo como tal a partir de 1679. En 1680, falleció su hermana Ana María, ésta le legó en su testamento, redactado en abril, el título de condesa de XI condesa de Siruela y, como prueba del amor que le profesaba, valiosos presentes:

y como el cariño que tengo a la dicha mi hermana le dejo el broche de diamantes que tengo sintiendo que la cortedad de mis vienes y muchas obligaciones de familia no me dejen adbitrio para hazer mayor demostración <sup>145</sup>.

Pero volvamos a la marquesa de los Vélez: como se ha comentado, si en un principio pudo albergar algún recelo en torno a la reinstalación de doña Mariana en la corte de Madrid, éste se disipó con la llegada de María Luisa de Orléans, la nueva reina consorte. La red de clientelaje de doña Engracia había favorecido la unión matrimonial de Carlos II con la princesa francesa, por tanto, su apoyo a Francia parece que fue claro desde el principio. Esta circunstancia, junto con el respaldo del duque de Medinaceli que ascendió a primer ministro el 21 de febrero de 1680, atenuaron los miedos de una marquesa de los Vélez que había llegado a temer que su hijo, don Fernando Joaquín Fajardo, VI marqués de los Vélez, fuera destituido de su puesto de virrey de Nápoles por mediación de Nithard <sup>146</sup> y a instancias de la reina madre <sup>147</sup>. El giro francés y el ascenso de Medinaceli favorecieron el regreso de su vástago, que el 10 de

<sup>145</sup> Testamento de Ana María de Velasco y la Cueva, X condesa de Siruela. AHN, SN, Fernán Núñez, C. 689, D. 6, 16 de abril de 1680.

<sup>146</sup> Murió en 1681.

<sup>147</sup> V. Sánchez Ramos, "El poder de una mujer en la corte...", p. 56.

agosto de 1680 fue nombrado consejero de Estado. Pero el aya, no tenía la batalla ganada, la reina madre nunca olvidaría su tardía traición. Las posibilidades de ascensión dentro de la Casa real llegaron a ser factibles durante un tiempo, sin embargo fueron rápidamente truncadas por doña Mariana de Austria. María Luisa de Orléans llevaba mucho tiempo deseando cambiar a su camarera mayor: la duquesa de Terranova, una mujer rígida y severa con la que no tenía buena relación. La reina solicitó permiso al rey para elegir una nueva camarera y éste se lo concedió. Con la debida precaución, María Luisa de Orléans pidió consejo a la duquesa de Medinaceli sobre las posibles candidatas, ésta le respondió que la marquesa de los Vélez podía ser la mejor elección... no estaba exento de intereses el consejo de la duquesa, pues ésta sin duda quería favorecer a su hermana, doña María de Aragón, que estaba casada con el hijo de la marquesa de los Vélez <sup>148</sup>. Sea como fuere, el caso es que la reina consorte apostó por el aya, por la que al parecer sentía verdadero cariño. Al plantear al rey su deseo, éste le respondió que la marquesa era una mujer muy severa y que la reina madre nunca la aceptaría, y así fue: doña Mariana se mostró fría al oír de los labios de su querida nuera que la marquesa de los Vélez era su preferida para sustituir a la duquesa de Terranova. Tampoco la marquesa de los Vélez era del agrado del duque de Medinaceli... su esposa pronto fue advertida por el inapropiado consejo dado a la reina consorte en una noche de confidencias: Medinaceli deseaba emparentar con la casa de Albuquerque y qué mejor comienzo que favorecer a la duquesa de Albuquerque promocionándola como nueva camarera mayor de la reina reinante. La marquesa de los Vélez, al observar el poco servicio que podía ofrecer en palacio, decidió retirarse con humildad y poco ruido; así, en los vaivenes por la búsqueda de la candidata perfecta comunicó en aquel mes de julio de 1680 que quería retirarse de las luchas palaciegas. Decepcionada por la retirada de la marquesa de los Vélez y poco convencida de las propuestas de Medinaceli, María Luisa de Orléans consideró una nueva candidata: la duquesa del Infantado, mujer experimentada. La embajadora de Francia, la marquesa de Villars, desterró la idea de la mente de su ama <sup>149</sup>: la duquesa del Infantado <sup>150</sup>,

<sup>148</sup> *Ibidem*, p. 46.

<sup>149</sup> J. García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España...*, III, p. 727.

<sup>150</sup> Catalina Gómez de Sandoval y Mendoza (1616-1686), VIII duquesa del Infantado, duquesa consorte de Pastrana por su matrimonio en 1630 con Rodrigo Díaz de Vivar Silva y Mendoza, cuarto duque de Pastrana. Financió el convento de los capuchinos de Jdraque.

aun siendo la madre del sobrino de la camarera mayor de la reina madre, nada tenía que hacer en la competencia por el apetecido puesto; doña Mariana de Austria nunca aceptaría a una señora que había estampado su firma en el famoso manifiesto de los grandes, asegurando así su humillante retirada del poder y sellando su destierro en Toledo. Finalmente la elegida fue la duquesa de Alburquerque<sup>151</sup>, del agrado tanto de la reina madre como del duque de Medinaceli. Esta señora permitió a María Luisa de Orléans todo aquello que le había prohibido la duquesa de Terranova, que con un aplomo y dignidad destacables, abandonó el palacio a finales de agosto de 1680<sup>152</sup>.

Tras este revés cortesano, venganza de la reina madre, la marquesa de los Vélez siguió actuando en la sombra y disfrutando de los progresos políticos de su hijo, don Fernando Joaquín Fajardo. En 1683, don Fernando fue elegido caballero mayor de María Luisa de Orléans<sup>153</sup>... quizás por los buenos recuerdos que la reina consorte tenía de su madre. Tuvo el puesto hasta 1685, momento en que recibió el gobierno del Consejo de Indias; curiosamente tras el ascenso de su primo hermano el conde de Oropesa al cargo de primer ministro<sup>154</sup>. Las alegrías de la marquesa se completaron con la boda ese mismo año de su nieta

<sup>151</sup> Doña Juana de Alendárez, viuda de Alburquerque, casada el 12 de enero de 1645 con don Francisco Fernández de la Cueva VIII duque de Alburquerque.

<sup>152</sup> J. García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España...*, p. 728.

<sup>153</sup> Las fuentes son contradictorias al respecto; es posible que don Fernando no ocupara el puesto de caballero mayor y que continuara en Nápoles desde donde sería llamado por Oropesa en 1685 para ocupar el puesto de gobernador del Consejo de Indias. V. Sánchez Ramos, “El poder de una mujer en la corte...”, p. 51. Para más información sobre don Fernando Joaquín Fajardo véase A. Martino y M<sup>a</sup> Patricia Rodríguez Rebollo, “Fernando Joaquín Fajardo, marqués de los Vélez, virrey de Nápoles (1675-1683)”, en F. Andújar Castillo y J.P. Díaz López (coords.), *Los señoríos en la Andalucía Moderna. El Marquesado de los Vélez*, Almería 2007, pp. 321-335.

<sup>154</sup> Su hijo, don Fernando, sería el último miembro de la familia. Al final de su vida política estuvo muy cerca de su primo hermano, el VIII conde de Oropesa, primer ministro, Rebenac, embajador de Francia en 1688, describió así al marqués de los Vélez en 1688-89: “*le marquis de los Vélez, est entièrement attaché au comte de Oropesa, son parent et son ami [...]* C’est un bon homme, extrêmement honnête, et pui a toujours bien parlé de la reine [...]”, *Mémoire pour M. le comte de Rebenac a Madrid le premier novembre de 1688* (BNF, Ms. 9045), en A. Morel Fatio (ed.), *Recueil des Instructions données aux ambassadeurs et ministres de France depuis des traités de Westphalie jusqu’à la révolution française*, XI: Espagne, Tome premier (1649-1700), París 1894, p. 336.

con el duque de Fernandina, un matrimonio que pronto dio sus frutos: al año siguiente doña Engracia tuvo el privilegio de asistir al bautizo de su nieto don Fadrique Vicente Álvarez de Toledo y Moncada, biznieto y heredero de su casa <sup>155</sup>. Unos meses después, el uno de julio, la marquesa falleció, luchando por su linaje, quizás por lo único que había luchado durante toda su vida, llegando a traicionar a la reina y ganándose la animadversión del rey.

En 1688 doña Leonor seguía como dama de la reina y la marquesa de Villanueva de la Balduenza como camarera mayor. Enferma y con numerosos achaques que la dejaban postrada en la cama o le impedían conciliar en sueño, doña Elvira Ponce de León siguió ejerciendo sus funciones. Durante las ausencias de Carlos II de Madrid, por motivos políticos o lúdicos (visitas a Aranjuez, El Escorial, etc...), doña Mariana no dejó de mantener una fluida correspondencia con su hijo y era la camarera la encargada de dirigir y recibir este correo a través del duque del Infantado, su sobrino y sumiller de corps de Carlos II, al que doña Elvira no dejó de recordar cuál era su puesto, sus privilegios y sus derechos como camarera mayor de la reina madre; así se lo hizo saber en un correo de mayo de 1688 en el que además le agradecía su consideración al respetar su condición de principal receptora de las cartas del rey, un privilegio que no disfrutaba la camarera mayor de la reina consorte:

en cualquiera disposición estoy siempre a la de v.e. a quien doy las gracias por la merced que se sirve de ofrecirme haver encaminado el pliego del parte en derechura a mí, que en treinta y cinco años que sirvo a SM ha corrido desta forma; lo qual no ignora el marqués de Mancera, pues en todo el tiempo que estuvimos en Toledo lo a experimentado así, y después de aver buuelto a esta corte, y que en el tiempo que gobernó su majestad todas las consultas, y despachos que se ofrecieron entraban por mi cuarto derechamente, no puede [a] v.e. parecerle mal que lo que nunca a subcedido me cause novedad, y que por [que] mi señora la camarera mayor <sup>156</sup> del otro palacio pase por ello, no lo haga yo, quedo con toda confianza. V.e. continuará el favor que siempre e devido a sus antecesores y de concederme repetidos empleos... <sup>157</sup>.

<sup>155</sup> V. Sánchez Ramos, “El poder de una mujer en la corte...”, p. 51.

<sup>156</sup> Duquesa de Alburquerque, camarera mayor de la reina María Luisa de Orléans desde septiembre de 1680.

<sup>157</sup> Doña Elvira Ponce de León al duque del Infantado su sobrino, 3 de mayo de 1688, AHN, SN, Osuna, CT, 265, D 15.

Las misivas de la camarera mayor se suceden a lo largo de los años 1688-1690. Su nieto, el marqués de Tavara, es el principal receptor de unas cartas cargadas de cariño. La camarera mayor se preocupaba por la salud de éste y por la de la “marquesica”, su mujer, cuyo embarazo siguió doña Elvira con mucho interés <sup>158</sup>. Las noticias familiares son frecuentes como la despedida de la condesa de Gálvez <sup>159</sup>, hermana del marqués de Tavara, que por su matrimonio con el conde de Gálvez <sup>160</sup>, nombrado virrey de Nueva España, tuvo que partir hacia Méjico. En 1687 su hijo, don Fadrique de Toledo Osorio, VIII marqués de Villafranca <sup>161</sup>, había sido nombrado gentilhombre de cámara del rey, quizás como pago por las fidelidades a doña Mariana de Austria.

La muerte, que ya se había llevado a la marquesa de los Vélez, visitó la corte el veinte de septiembre de 1689, esta vez para llevarse a doña Leonor de Velasco, la dama más longeva de palacio. La reina, póstumamente, le hizo merced de doscientos doblones de a dos escudos de oro para su entierro y ordenó que se le asistiera “con todo lo que se acostumbra a asistir a las damas” <sup>162</sup> en la hora de su muerte. El monasterio de las carmelitas de Santa Ana fue el lugar elegido para que sus restos reposaran eternamente. Doña Leonor, a pesar de sus devaneos cortesanos y sus infidelidades políticas, terminó su vida casi como la había comenzado: siendo dama de palacio, aunque con un título más, el de undécima condesa de Siruela.

<sup>158</sup> *Ibidem*, Doña Elvira Ponce de León al marqués de Tavara, 28 de julio de 1688, 29 de septiembre de 1688 y 3 de noviembre de 1688. En la primera carta se alegra de las tres faltas de la marquesa, en la segunda expresa sus temores por la posible mala influencia de la noticia de la muerte de su padre en el embarazo de la marquesa y en la última felicita a su nieto por el alumbramiento de un varón.

<sup>159</sup> *Ibidem*, Doña Elvira Ponce de León al marqués de Tavara, 29 de mayo de 1688.

<sup>160</sup> Conde de Gálvez, Gaspar de la Cerda y Sandoval, hermano del IX duque del infanzonado, don Gregorio María de Silva y Mendoza, sobrino de doña Elvira Ponce de León.

<sup>161</sup> En 1663 fue nombrado capitán general de galeras de Sicilia; en 1670, capitán general de Nápoles; en 1671 virrey de Nápoles durante la embajada de don Pedro de Aragón en Roma. De 1674 a 1676 fue virrey de Sicilia; en 1691 es nombrado miembro del Consejo de Estado y ese mismo año gobernador el consejo de Italia. En 1698 recibe la presidencia de este consejo. Felipe V le dio en 1701 el cargo de mayordomo mayor, formó parte de la junta de gobierno durante la ausencia del rey en 1702. Murió en Madrid el 9 de junio de 1705. A. Morel Fatio (ed.), *Recueil des Instructions...*, p. 330.

<sup>162</sup> AGP, Personal, Caja 1317/31.

La camarera mayor, testigo de la muerte de sus rivales y triunfadora indiscutible en la vida cortesana, firmó sus últimas cartas en 1690. Tras treinta y cinco años de servicio en palacio, doña Elvira desgrana en unas líneas temblorosas sus problemas de salud, las quejas por el frío y los intensos dolores... poco le quedaba de vida... el treinta de septiembre de 1691, falleció, con gran pena, suponemos, de su ama, doña Mariana de Austria, a la que le quedaban aún cinco años de vida marcados por soledades, insufribles jaquecas y una única esperanza: colocar su sangre –la que corría por las venas de su biznieto José Fernando de Baviera– en el trono; una última batalla similar a las luchas por la merced y el privilegio en las que se habían batido tres de las mujeres que más tiempo habían estado a su servicio: Puntas del iceberg de redes tejidas por la sangre y el clientelismo, la dama, soltera y acomodada; el aya, viuda y retirada; y la camarera, cumpliendo con sus funciones y manteniendo sus derechos adquiridos, velaron en sus últimos días por sus linajes, por sus últimos vínculos... por colocar su sangre en los tronos del privilegio.